



José Echegaray

En el seno de la muerte

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Echegaray

En el seno de la muerte

Leyenda trágica en tres actos y en verso

PERSONAJES:

DON JAIME, Conde de Argelez.

BEATRIZ, Condesa.

MANFREDO, bastardo de Argelez.

JUANA.

ROGER, escudero.

BERENGUEL, alcaide.

DON PEDRO III DE ARAGÓN.

LAURIA.

MARQUET, capitán.

BARROSO, capitán.

ZURITA, soldado del rey.

CABRERA, soldado del rey.

UN PAJE, que habla.

Pajes, escuderos, capitanes, almogávares, etc.

Año 1285, en Aragón.

El primer acto, en un castillo de los Pirineos. El segundo y tercero, en el castillo de Argelez, también en los Pirineos.

AL EMINENTE ACTOR DON RAFAEL CALVO

A usted, que con su gran talento y con su altísima inspiración, ha dado vida a este drama, el sublime horror trágico a que yo aspiraba a su pensamiento, y a mí un triunfo que nunca olvidaré, dedico esta obra, en prueba de gratitud, de amistad y de admiración.

JOSÉ ECHEGARAY.

Acto primero

La escena representa el salón principal de un castillo roquero, próximo a una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana a la derecha; a la izquierda, dos puertas; puerta en el fondo. Estilo severo. A la izquierda, mesa y sillón blasonado. Es la caída de la tarde.

Escena primera

ROGER DE PERALADA, en primer término. Por el fondo, un momento después, BERENGUEL DE LAS PANIZAS.

BERENGUEL.

Dios guarde al buen Peralada.

ROGER.

Dios traiga para algo bueno

al alcaide de la torre,

que en este maldito cerco,

más nos importa guardar

contra el francés, por don Pedro.

BERENGUEL.

Mientras tenga Berenguel

las llaves del «torreón viejo»,

quien entre al grito de «¡Francia!»

en él dejará los huesos;

que aquella vetusta mole

y aqúeste almogávar fiero,

no reconocen más rey,

de Valencia al Pirineo,

que el monarca de Aragón,

el noble Pedro Tercero.

(Saludando.)

ROGER.

Me agrada en ti ese lenguaje.

BERENGUEL.

¿En qué ocasión ni en qué tiempo

no afirmé con mis palabras

lo que proclaman mis hechos?

¿Dudas de mí?

ROGER.

¡Yo dudar!...

BERENGUEL.

¿No? Pues por ti lo celebro.

ROGER.

Es, Berenguel, que muy tristes

son los años que corremos,

más fecundos en infamias

que ricos en escarmientos.

Que la «lealtad» anda viuda,

porque no hay caballero

que la despose, y en cambio,

la «traición» los halla a cientos.

No hay amigo del amigo,

ni los deudos son ya deudos,

ni hay hermano para hermano,

si anda la ambición por medio.

BERENGUEL.

Dígalo el que el Rosellón

ha vendido al reyezuelo

que entre un «legado del Papa»

y el «rey de Francia» soberbio,

mandó Roma vengativa

a recoger de este suelo

la noble y férrea corona

de don Jaime y de don Pedro.

Él «le» abrió nuestras fronteras:

¡mal rayo le hubiera abierto!

Mas a cerrarlas venimos

con peñascos y con pechos,

y el Pirineo es muy duro,

y el aragonés muy terco.

ROGER.

¡Ojalá que todo salga

a medidas del deseo!

Pero asómate a las torres

de este castillo roquero,

y verás la odiosa hueste

en que nos vemos envueltos,

apretando sus anillos

contra nuestros muros viejos.

¡Ah Berenguel, que no bastan

duras piedras, nobles pechos,

para atajar el torrente

que asoma por esos cerros!

El mismo Carlos de Francia,

de sus fuerzas con el grueso,

se nos vino por sorpresa

encima.

BERENGUEL.

Ya le tendremos

debajo, que para todo

se encuentra manera y tiempo.

Como el conde de Argelez,

(Con misterio.)

de aqueste castillo dueño,

quiera resistir...

ROGER.

¡Don Jaime!...

Si hay un hombre en todo el reino

capaz de arrancar al diablo

cotona, cabeza y cetro,

ese hombre es el conde. Y pon

en lo que dices más tiento.

BERENGUEL.

Ni dudo de su coraje,

ni hay varón de más esfuerzo,

ni en las torres de Argelez

nació mejor caballero.

Pero el hombre al fin es hombre,

y so lo que hay aquí dentro

(Golpeándose en el pecho.)

está en poder de una hermosa,

ya no es suyo.

ROGER.

¿Y temes?...

BERENGUEL.

Temo

que la condesa le apoque,

y que en llegando el momento

del estrago, por salvarla,

abra el muro al extranjero.

Ya lo dije.

ROGER.

Y si lo dicho

no recoges, te prevengo

que a estocadas volverá

(Poniendo la mano en el puño de la espada.)

a tu garganta de perro.

BERENGUEL.

Es poco hombre Peralada

para Berenguel el viejo.

No bastan manos de niño

para tan curtidos cueros,

y son dardos mis palabras

que se meten carne adentro.

ROGER.

En eso sí que verdad

dijiste.

BERENGUEL.

Pues ya lo creo.

En eso y en todo, y siempre

sé lo que digo, mancebo.

En este castillo sobran

mujeres: y me refiero

a la condesa; y si acaso

no te basta, darte puedo

otro nombre: cierta Juana,

esposa de un escudero,

sin tacha como soldado;

pero, como hombre, sin seso.

ROGER.

Y por si no te bastase

morder al conde, tu dueño,

y ultrajar a la condesa

con tus malos pensamientos,

¿babeas contra mi Juana

lo que queda de veneno?

Pues probemos si es tan duro

como dices tu pellejo,

que ya no te aguanto más

insolencias, ¡vive el cielo!

(Desnuda la espada.)

BERENGUEL.
Qué, ¿te empeñas?

ROGER.
¿No lo ves?

BERENGUEL.
Pues probemos. (Lo mismo.)

ROGER.
Pues probemos.

Escena II

ROGER, BERENGUEL, BEATRIZ y JUANA. Las dos últimas, por la izquierda, primer término. JUANA hace un movimiento; la CONDESA la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa.

ROGER.
¡La condesa! (Bajando su acero.)

BERENGUEL.
¡La condesa! (Lo mismo.)

BEATRIZ.
¡Roger!

ROGER.
¡Señora!

BEATRIZ.
¿Qué es eso?

¿Es que ya no hay enemigos

en los altos Pirineos,

y armas que huelgan afuera

distracción buscan adentro?

¿Es que al ver a los franceses

guardar tan poco respeto

a esos muros señoriales

queréis los dos no ser menos?

BERENGUEL.

(Envainando la espada; lo mismo, ROGER.)

Perdóneme mi señora;

hice mal, y lo confieso.

BEATRIZ.

¿A qué vienes?

BERENGUEL.

Me llamó

el conde y aquí le espero.

BEATRIZ.

Salió a visitar los fuertes,

las atalayas y puestos

avanzados, y no sé

cuándo volverá.

BERENGUEL.

Si es eso,

y licencia concedéis...

(Como para retirarse.)

Hago falta hace ya tiempo

en mi torreón. Cuando cierre

la noche vendré de nuevo.

BEATRIZ.
¡Adiós, Berenguel!

BERENGUEL.
(Saludando para salir.)

Señora...

ROGER.
(En voz baja.)

¿Cuándo podré verte?

BERENGUEL.
(Lo mismo.)

Luego.

(Vase BERENGUEL por el fondo.)

Escena III

BEATRIZ, JUANA y ROGER. BEATRIZ se sienta junto a la mesa; JUANA y ROGER, a su lado, en pie.

BEATRIZ.
¿Por qué reñáis?

ROGER.
Ese hombre

infunde a todos sospechas.

Si en el castillo no hay brechas

todavía, ¡por mi nombre!

que abrirlas al enemigo

puede de noche un traidor,

y que la brecha mejor

para un muro es un postigo.

BEATRIZ.

Berenguel fué siempre leal.

ROGER.

Eso pensé yo también.

BEATRIZ.

¿Y ahora no lo piensas?

ROGER.

¿Quién

se libra de pensar mal?

BEATRIZ.

¡Sin pruebas!

ROGER.

Alguna tengo,

y con ella brego y lucho.

BEATRIZ.

Pues habla, que ya te escucho.

ROGER.

Pues a la verdad me atengo.

(Pausa. Se acerca con misterio a la CONDESA.)

Anoche, para cumplir

orden que el conde me dió,

ya muy tarde, bajé yo

al subterráneo que abrir,

como encubierto camino,

hizo el conde Bonifacio

desde este antiguo Palacio

hasta el collado vecino.

Sabéis que rodeando pasa
del torreón viejo el cimiento,
que en él busca fundamento
con su enorme cueva rasa,
y que de ella, bien o mal,
le separan noche y día
un muro de cantería
y una verja de metal.

Por la angostura avancé
con la linterna tapada;
llegué a la verja cerrada,
me detuve y escuché.

Sombras, silencio medroso;

húmedo y frío el ambiente;

y por encima el torrente

que viene a llenar el foso.

A pasar iba más lejos,

cuando en la cueva de al lado,

y por entre el enrejado,

vi de una luz los reflejos.

Me asaltan extrañas dudas;

me paro y miro al través;

son Berenguel y un francés,

los dos con cara de Judas.

Escucho, pero no hay modo

de entender su charla eterna;

salen por una poterna...

BEATRIZ.

¿Y el conde?

ROGER.

Lo sabe todo.

Por eso le llama aquí,

y él por eso teme el daño.

BEATRIZ.

Es extraño.

ROGER.

Muy extraño.

JUANA.

(Mirando al fondo.)

¡Don Jaime!

ROGER.

(Lo mismo.)

Don Jaime, sí.

Escena IV

BEATRIZ, JUANA, ROGER y DON JAIME. Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, o como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento.

JAIME.

(En el fondo, como dando órdenes.)

De asalto al menor asomo,

la campana el aire hiera;

de trecho en trecho, una hoguera

para derretir el plomo;

las catapultas, armadas;

los honderos, prevenidos;

los hierros, enrojecidos,

y las estopas, mojadas.

Esta noche no hay reposo,

que en el campo hay movimiento,

y que vengan al momento

Lauria, Marquet y Barroso.

(Los Capitanes se retiran. DON JAIME avanza quitándose el casco y los guanteletes.)

BEATRIZ.

¡Jaime!..., ¡mi Jaime!...

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¿Temes algo?

JAIME.

Por mí, nada;

por ti todo, prenda amada.

(A ROGER, con afán.)

¿Hablaste?

ROGER.

Hablé con Ortiz.

JAIME.

(Llevándole aparte, y en voz baja.)

¿Y dará paso seguro

el francés?

ROGER.

Buenas son ésas:

cien doblas aragonesas,

mejor que el mejor conjuro,

en el diablo hacen desmoche

y le truecan en cordero.

JAIME.

¿Y ha de ser pronto?

ROGER.

Por entero.

JAIME.

¿Y ha de ser pronto?

ROGER.

Esta noche.

JAIME.

¡Gracias a Dios! Me has quitado

horrible peso de encima.

Porque sé que se aproxima

el trance desesperado;

que está Carlos prevenido,

que sus máquinas apresta,

que ya cruje la ballesta,

que ya el arco está tendido;

y antes que luzca sus galas

la aurora del nuevo día,

veremos con agonía,

por cien flotantes escalas

sujetas con garfios duros,

cual del jabalí los perros,

los franceses de esos cerros

colgándose a nuestros muros.

Oye, Juana. (En voz alta.)

JUANA.

 Mi señor.

JAIME.

 ¿Amas mucho a tu marido?

JUANA.

 Cumpló lo que he prometido

por mi Dios y por mi honor.

JAIME.

 Para el rey pliegos le di,

y paso pude lograrle.

¿Tú quieres acompañarle?

JUANA.
(Sin poder dominar su contenido.)

¿Fuera del castillo?

JAIME.
Sí.

JUANA.
¿Y vos me lo preguntáis?

JAIME.
Pues bien, prepáralo todo.

Y tú le explicas...

(Volviéndose a ROGER; éste hace una señal de inteligencia.)

JUANA.
¿Y hay modo?

JAIME.
De que esta noche salgáis.

JUANA.
¡Pero dejaros! Jamás

(A BEATRIZ, con cariño.)

podré yo salir sin vos.

BEATRIZ.

Padre y madre, dijo Dios,

por tu esposo dejarás.

ROGER.

En la colina cercana

(Como dando prisa.)

está esperando el francés.

JAIME.

(A JUANA, separándola de BEATRIZ.)

De eso hablaremos después.

JUANA.

Adiós, señora.

BEATRIZ.

Adiós, Juana.

(Vanse JUANA y ROGER por la izquierda, primer término.)

Escena V

BEATRIZ y DON JAIME.

JAIME.

Pálido está tu semblante

y tristes están tus ojos.

¿Tienes enojos?

BEATRIZ.

¿Enojos

con esposo tan amante,

con mi Jaime, con mi bien?

Si contigo me enojara,

¿para quién, Jaime, guardara

mi cariño? ¿Para quién?

JAIME.

Las angustias del asedio,

sus martirios, sus rigores,

pudieran darte temores,

o al menos tristeza y tedio.

BEATRIZ.

No, te equivocas; jamás

tan dichosa me he sentido.

El mismo Dios ha querido

reunirnos, y tú verás

cómo este lazo es tan fuerte

que resiste, y no te asombres,

a la maldad de los hombres

y al estrago de la muerte.

JAIME.

¡Ah pobre niña, mecida

en la cuna de mis brazos

desde que en divinos lazos

despertaste a nueva vida!

¿Qué sabes tú del deshecho

furor de esta horrible empresa,

si siempre estuviste presa

en la cárcel de mi pecho?

Si el mundo no conociste

ni entre sus olas luchaste;

si a mí tan sólo adoraste

y a ninguno aborreciste.

Si yo forjé en mis castillos,

entre enamorado y terco,

de mis manos con el cerco,

tus esposas y tus grillos.

Si jamás llegó el dolor

en tu blanco seno a herir;

si a nadie viste morir

más que a tu Jaime de amor.

¡Qué sabes tú del delirio

que infunde al hombre la guerra,

si no sentiste en la tierra

más martirio que el martirio

que impuso a tu blanca tez

algún beso enamorado

en el camarín dorado

de mi torre de Argelez!

BEATRIZ.

Ese recuerdo tenaz

de aquellos tiempos ¡me mata!

JAIME.

Sí, Beatriz, bien se retrata

el dolor sobre tu faz.

Ahora la muerte doquiera;

muy pronto el asalto fiero...

Oye, Beatriz, yo no quiero...

BEATRIZ.

Yo sí, ¿qué importa que muera?

Con tal que yo muera aquí,

(Dice esto aproximándose a DON JAIME, aferrándose a él, cual si temiese que los separasen, y mirando con recelo alrededor.)

a tu lado, como honrada;

con tal que no venga nada

a separarme de ti;

con tal que del alma el foco,

en que eterna esencia hierve,

puro hasta el fin se conserve,

¡lo demás importa poco!

La muerte es sueño profundo

que sólo espanta al cobarde;

la verdad viene más tarde

con la vista de otro mundo.

Me basta, Jaime, con verte,

pero verte sin espanto,

y siempre amándome tanto

en el seno de la muerte.

(Se abraza aún más a él y oculta el rostro.)

JAIME.

Y yo, conde de Argelez,

el más noble de esta tierra,

el espanto de la guerra

contra el moro de Jerez,

por lograr tu salvación,

y sacarte de esta villa,

diera al árabe Castilla

y al francés el Aragón.

BEATRIZ.

Es fantástica quimera

y es tristísimo desbarro

en un ídolo de barro

poner la existencia entera.

No, Jaime, no; tu deber

y tu honor conserva ilesos;

esos tus ídolos, esos

que siempre son, deben ser.

JAIME.

Tu nobleza al contemplar,

tu hermoso acento al oír,

más te amara, a no sentir

que más no te puedo amar.

Por fortuna la honra mía

y tu amor no se preparan

a luchar, que si lucharan

yo sé bien cuál vencería.

Muy al contrario, a mi ver,

en este trance de horror,

sólo salvando mi amor

puedo cumplir mi deber.

BEATRIZ.

No te comprendo.

JAIME.

Pues oye,

Beatriz y no me interrumpas.

En lamentos no prorrumpas

cuando mi mano se apoye

en tu mano de este modo,

(Se acerca a ella, le coge una mano, la mira fijamente y la atrae a sí.)

y en tus ojos busque tu alma

y te pida fuerza y calma

para decírtelo todo.

(Pequeña pausa.)

Que mi castillo es muy viejo,

que el sitiador entrará,

que quien no ceje caerá

y que yo Beatriz, no cejo.

Sin recursos no es de ley,

ni yo puedo resistir;

pero yo puedo morir

por Aragón y su rey.

BEATRIZ.

Ya lo sé. Ya lo he pensado,

que esa gente es fiera y terca;

por eso quiero estar cerca,

para morir a tu lado.

JAIME.

Mira que lo he de evitar.

BEATRIZ.

Pues mira cómo ha de ser.

JAIME.

Estando al amanecer

mi esposa en el castañar

que por la parte de Oriente

termina ese bosque umbrío;

pasando después el río,

y escoltada por mi gente,

que es de confianza y de prez,

en todo el camino viejo,

del sol al postrer reflejo

llegando al fin a Argelez.

BEATRIZ.
¿Yo? ¡Sola!

JAIME.
No; por mi hermano

Manfredo allí protegida,

aguardas de esta embestida

el desenlace cercano.

Responde, Beatriz: ¿irás?

BEATRIZ.
No. ¿Separarme de ti,

y mientras mueres aquí

yo con Manfredo? Jamás.

JAIME.

Pues todo está preparado,

y con Roger y con Juana

has de partir.

BEATRIZ.

Lucha vana.

No hay poder en lo creado,

mal a mal o bien a bien,

que me obligue a abandonarte.

JAIME.

Es que yo quiero salvarte.

BEATRIZ

(Para sí.)

Salvarme quiero también.

JAIME.
¡Beatriz!

BEATRIZ.
¡Jaime!

JAIME.
¡Por mi amor!

Escena VI

BEATRIZ y DON JAIME. Un PAJE, por el fondo.

JAIME.
¿Quién va?

PAJE.
Si me dais licencia...

JAIME.
¿Qué buscas?

PAJE.
Con gran urgencia

hablaros quiere, señor,

un capitán, que por ley

de su arrojo y su fatiga,

burló la línea enemiga,

y es mensajero del rey.

JAIME.
Que pase.

(Vase el PAJE)

Escena VII

BEATRIZ y DON JAIME. MANFREDO, por el fondo.

JAIME.
¡Beatriz!

BEATRIZ.
No cedo.

MANFREDO.
(Aparte.)

Ella y él juntos están.

JAIME.
Acérquese el capitán.

MANFREDO.
(Avanzando.)

¡Jaime!

JAIME.
(Reconociéndolo.)

¡Manfredo!

BEATRIZ.
(Con horror.)

¡Manfredo!

(DON JAIME va a su hermano con afán y le abraza con cariño.)

JAIME.
¿Por qué vienes?

MANFREDO.
Porque el rey

pliegos me dió para ti,

(Saca unos pliegos y se los entrega.)

y porque supe que aquí

se luchaba, y es de ley,

mientras se conserve entera,

que no esté ociosa la espada

contra esa infame cruzada

que cruzó nuestra frontera.

JAIME.

Pero di, ¿cómo pudiste

pasar el campo francés?

MANFREDO.

Mi lema sabes cuál es:

«Querer y basta.»

JAIME.

¿Y quisiste?

MANFREDO.

Y quise y pasé. Y es cosa

averiguada que ya

nadie me separará

de mi hermano y de su esposa.

JAIME.

Pues ya tardas, y es deslíz,

en darle brazos de hermano.

(Señalando a su esposa.)

A mí primero, esto es llano,

pero después, a Beatriz.

MANFREDO.

(Acercándose a BEATRIZ.)

Los estragos de la guerra

empañar no consiguieron,

cuando al espacio subieron

en vapores de la tierra

en una y otra jornada

del asedio de la villa,

ni el carmín de esa mejilla

ni el fulgor de esa mirada.

Pálido pensé encontrar

ese divino semblante,

¡pero no hay sombra bastante

para tanto luminar!

BEATRIZ.

Velaba Jaime por mí,

y por mí velaba Dios.

MANFREDO.

Pues ahora seremos dos

y Dios a velar por ti.

JAIME.

Tarde es ya; la ruina llega

y el muro ya no protege,

y es forzoso que se aleje

de este castillo, y se niega.

MANFREDO.

¡Salir del castillo!

(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)

JAIME.

Escudo

que se rompe se abandona.

Torre que se desmorona

no aprovecha.

MANFREDO.

(A BEATRIZ, con afán.)

¿Y tú?

BEATRIZ.

Yo dudo.

(Con intención y mirándole fijamente.)

JAIME.

¿Qué dices, que el corazón

se me ensancha al escucharlo?

BEATRIZ.

Digo, después de pensarlo,

que quizás tengas razón.

Aquí tu cuidado absorbo,

amortiguo tu pujanza,

soy estorbo a tu venganza,

y a tu gloria soy estorbo.

Todo el tiempo que a mis pies

con caricias te aseguro,

haces falta sobre el muro

cerrando el paso al francés.

Tienes que pensar en dos

en tanto que yo esté aquí,

pues no pienses más que en ti

y en tu patria, Jaime... ¡Adiós!

JAIME.

¡Beatriz, alma de mi vida!...

(Atrayéndola hacia sí; ella huye la mirada de su esposo.)

¡Que tu faz a mí se incline!

MANFREDO.

(Aparte.)

¡Entonces para qué vine!

BEATRIZ.

¿Y la fuga?

JAIME.

Prevenida.

Roger... Juana...

(Acercándose a la primera puerta de la izquierda y llamando.)

Escena VIII

DON JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, JUANA y ROGER. Los dos últimos, por la izquierda, primer término.

ROGER.

Todo está

esperando a la condesa.

El crepúsculo acabó,
la noche viene muy negra,
el campamento en reposo,
a la escucha el centinela.

Tan sólo se oye a lo lejos,
cual bramido de una fiera,
el del torrente que baja
desde la vecina sierra,
engrosado por las nieves
e irritado por las peñas.

JAIME.
¿Y la luz?

ROGER.
Apareció

en la atalaya que cierra

la boca del subterráneo.

JAIME.
¿Entonces?

ROGER.
Ese hombre espera.

JAIME.
Pues esperadme un instante,

sólo un instante, a que lea

estos pliegos y a que traiga

otros que al rey interesan,

y que has de llevar tú mismo,

(A ROGER.)

a Gerona o a Figueras,

o donde don Pedro se halle

y le alcance tu presteza.

Volveré... Beatriz..., hermano...

(Despidiéndose.)

Entra luego, que una idea

(A MANFREDO.)

tengo y quiero consultarte.

MANFREDO.

Entraré, Jaime, no temas.

(Vase DON JAIME por la izquierda, segundo término.)

Escena IX

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA y ROGER.

BEATRIZ.

(Habla afectando cierta alegría y procurando dominar su emoción.)

Al fin vamos a escapar

de este infierno. Aquí se quedan

los hombres para la lucha.

Manfredo, no te lo ruega

mi labio, porque es inútil.

¡Por mi Jaime! ¡Por él vela!

¡Es mi vida!

MANFREDO.

Si es tu vida,

por él daré mi existencia,

que vida que a ti te importa

bien vale la que me pesa.

BEATRIZ.

(Separando la vista de MANFREDO.)

Aun cuando no me importase,

es tu hermano.

MANFREDO.

Mala cuenta,

que a veces en esta lucha

de las pasiones revueltas,

se vierte la sangre propia

mejor que la sangre ajena.

BEATRIZ.

Pues yo sé bien que por él...

MANFREDO.

Por él y «por ti».

(Bajando la voz y acercándose. JUANA y ROGER hablan en el fondo.)

¿Tan negra

es mi suerte que te ofende

de mi cariño esta prueba?

BEATRIZ.

(Mirando con recelo a JUANA y a ROGER.)

Más bajo, por Dios, más bajo.

MANFREDO.

¿Pues qué sentido le presta

a tal palabra «cariño»

tu razón y tu conciencia,

que tanto temes que se oiga?

(Acercándose con apasionamiento.)

Mi cariño, ¿a qué te suena

que quieres que sólo a ti

llegue y en ti sólo muera?

BEATRIZ.

(Turbada.)

¿Yo temer? ¿Y por qué causa?

Ha sido no sé qué idea...

De tanto fragor de muerte,

de tanto grito de guerra,

cuajados están los aires,

manchadas están las piedras,

y los más dulces acentos,

y las palabras más tiernas,

contra esos ásperos muros,

y en esta atmósfera densa,

toman algo de siniestro

y en algo infame se truecan.

Manfredo, verdad dijiste:

¡Yo la torpe! ¡Yo la necia!

Manfredo, verdad dijiste:

¡vela por tu hermano, vela!

¡Que es mi esposo, que es tu sangre!

¡Yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!

(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

JUANA.

(Acercándose y procurando consolarla.)

No lloréis.

BEATRIZ.

¡Ay Juana mía!,

tú estás libre de esta prueba;

tu Roger contigo parte,

aquí mi Jaime se queda.

MANFREDO.

(En voz baja y separándola de JUANA.)

Si tanto te ama, ¿por qué

no te sigue? Yo muriera

por él dentro de estos muros

sin proferir una queja,

si esto te agradase. Y, mira,

la misma sangre corriera,

ya muriendo el de Argelez,

ya Manfredo el de Provenza.

Y aunque su mano es muy fuerte,

no es más fuerte que mi diestra.

Y el que rodase hasta el foso,

o ensangrentase la almena,

bajo el golpe formidable

de mi doble hacha de guerra,

entre el uno y otro hermano

no es fácil que distinguiera;

que no hiera más profundo

que yo, ni con más presteza.

BEATRIZ.

Si fuera capaz mi Jaime

de aceptar tan vil oferta

y de manchar por mi amor

el nombre ilustre que lleva,

entonces, Manfredo..., entonces...

MANFREDO.

(Con energía.)

Es que amaría de veras:

que así saben los «bastardos»

(Golpeándose el pecho.)

amar; aunque nunca llegan

ni a señores de Argelez,

ni a dueños de tal belleza.

(Señalándola con pasión.)

BEATRIZ.

(Turbada y temerosa.)

¿Por qué me miras así?

MANFREDO.

Perdón: mi señor me espera.

(Vase por la misma puerta que DON JAIME.)

Escena X

BEATRIZ, ROGER y JUANA. BEATRIZ, separada de los otros, que forman un grupo.

ROGER.

(A JUANA.)

Siniestro el bastardo va

y ella espantada se queda.

Algo dijo él por lo bajo

que en voz alta no dijera.

JUANA.

¿«Siniestro» dices? Quizá

como todo hombre de guerra

que acorralado se ve

y apareja la defensa.

¿«Espantada» mi señora?

Juzga cómo yo estuviera

si al abandonar la torre

mi Roger quedase en ella.

ROGER.

No es eso. Si es que el bastardo,

más que por la descendencia,

es bastardo por el alma

que dentro del cuerpo lleva.

JUANA.
Mal le quieres.

ROGER.
Lo confieso.

JUANA.
Roger, ese odio me inquieta,

que temo que alguna vez,

por no refrenar tu lengua,

de Manfredo los enojos

al fin contra ti se vuelvan.

Eres humilde escudero

y él es noble.

ROGER.
Sólo a medias;

y es preferible tener

toda la sangre plebeya,

pero honrada, a dividirla

en dos mitades opuestas:

una limpia, otra manchada,

y ambas por las mismas venas,

que basta muy poco cieno

para enturbiar una alberca.

JUANA.

Habla más bajo, que puede

escucharnos la condesa.

(Siguen hablando.)

BEATRIZ.

«Pensamiento», que me abrasas;

«corazón», que te rebelas;

«voluntad», que desfalleces;

«alma» que no estás entera,

¿qué fuisteis que ya no sois?

¿Qué sois, que me da vergüenza

tan sólo el imaginar

que tan sólo allá en la idea,

y sólo por un momento,

y del sueño entre las nieblas,

y por mi parte sin culpa,

hayáis sido por sorpresa

lo que si yo sospechase

que pudierais ser de veras,

a todos cuatro os llevara

a la muerte con mi afrenta,

arrojándome en el foso

por el hueco de una almena?

¡A todos cuatro conmigo

y con mi cuerpo que os lleva!

A «ti», por ser tan impuro;

(Oprimiéndose la frente, habla con su pensamiento.)

«a ti», por tu ruin ralea;

(Oprimiéndose el pecho, se refiere al corazón.)

«a ti», voluntad, por débil;

«alma», a ti, porque eres media,

y si la otra está en el cieno,

en el cieno estés entera.

Juana, partamos al punto;

Roger, tu brazo me presta,

que aquí se me acaba el aire,

que aquí se me hunde la tierra,

que ya me falta hasta el cielo

bajo esta bóveda negra.

ROGER.
Pero ¿el conde?...

BEATRIZ.
Ven, Roger...

JUANA.
Un instante.

ROGER.
El conde llega.

Escena XI

BEATRIZ, JUANA, ROGER, DON JAIME y MANFREDO. Los dos últimos, por la izquierda, segundo término; DON JAIME trae un pergamino que entrega a ROGER.

JAIME.

Para don Pedro. Y apura

tanto, que así que lleguéis

al castillo y que dejéis

a la condesa segura,

a llevarlo has de salir.

(Señalando el pergamino.)

Y tú, que veles por ella.

(A JUANA.)

Y tú, mi Beatriz, mi estrella,

(Separándola de los demás y hablándole a ella sola.)

cielo de mi porvenir,

si es posible adivinar

en un rostro el pensamiento,

adivina lo que siento,

porque no lo sé expresar.

Sólo sé que ha rato lucho

con una lágrima osada

bajo el párpado encerrada,

y si no la oprimo mucho

para que bien la sujete,

no es difícil que consiga,

o rodar por la loriga

o manchar el coselete.

Y ya ves que en un guerrero

tal flaqueza indigna fuera:

mi mismo hermano dijera

que este arnés de fino acero

no forjó con tanto afán,

ni a costa de fuego tanto,

para mandarlo de llanto

el armero de Milán.

Conque sal pronto de aquí.

(Rechazándola dulcemente. MANFREDO, aparte, los contempla con enojo. JUANA y ROGER, algo en segundo término.)

BEATRIZ.

¡Jaime!

JAIME.

Mi Beatriz, mi fe,

no olvides lo que te amé

cuando estés lejos de mí.

BEATRIZ.

Si nos separa a los dos

la muerte, aún queda otra vida.

JAIME.

¡Adiós, mi esposa querida!

¡Adiós!... No digas «¡adiós!»

(Conteniéndola y separándose de ella.)

Dame los brazos, Manfredo.

(Acercándose a su hermano, abrazándole y en voz baja. BEATRIZ los mira con extrañeza.)

Es quizá la última vez.

Cuando llegues a Argelez

desciende, pues yo no puedo,

a la cripta sepulcral

en que mi padre reposa;

besa su fúnebre losa

y di a su sombra inmortal

que he muerto en este torreón

en que él vió la luz primera,

abrazado a la bandera

de don Pedro de Aragón.

MANFREDO.

¿Pero la puerta de bronce

de la cripta?

JAIME.

Franca está.

BEATRIZ.

(Aparte, con terror.)

¡Qué están diciendo! ¿Será...?

MANFREDO.

¡Adiós, Jaime!

JAIME.

¡Adiós!

(Suena la campana de la torre.)

ROGER.

¡Las once!

(MANFREDO se acerca a BEATRIZ. DON JAIME se separa hacia la derecha.)

BEATRIZ.

(A MANFREDO.)

¿Y vas a venir?

MANFREDO.

Él mismo

me lo ha rogado allá dentro.

BEATRIZ

(Aparte.)

¡De modo que siempre encuentro

en mi camino el abismo!

(Pausa. MANFREDO procura llevarse a BEATRIZ; ésta se resiste; lucha consigo algunos instantes; al fin se precipita hacia su esposo y le abraza.)

¡Jaime!... ¡No quiero partir!

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.
¡Contigo!

JAIME.
¿Qué hacéis,

Manfredo, Roger? ¿No veis

que no puedo resistir?

(MANFREDO y ROGER se acercan.)

BEATRIZ.
Si tus enojos provoco,

recházame de tu pecho,

pero en ellos no hay derecho.

JAIME.
¡Si yo no puedo tampoco!

Puede el hombre en su pasión

el corazón traspasarse,

pero no puede arrancarse

(Contemplándola amorosamente.)

a sí mismo el corazón.

¿Por qué no venís, por qué?

BEATRIZ.

¡Nadie romperá estos lazos!

JAIME.

¡Arrancadla de mis brazos,

que no la defenderé!

(MANFREDO la separa, llevándola hacia la izquierda, donde esperan JUANA y ROGER.)

BEATRIZ.

¡No quiero!

(En voz baja.)

¡Me das horror!

MANFREDO.

¡Horror! ¡Ni siquiera pena!

¡Yo cumplo lo que él me ordena!

BEATRIZ.

¡Es tu hermano!

MANFREDO.

¡Y mi señor!

BEATRIZ.

¡Suelta!

(JUANA se aproxima, y entre ella y MANFREDO se la llevan hasta la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya ROGER. DON JAIME, en el extremo derecha.)

¡Jaime!

MANFREDO.

¡Has de venir!

conmigo!

BEATRIZ.

¡Que no ha de ser!

¡Jaime!

(Tendiéndole los brazos.)

JAIME.

¡No la quiero ver!

(Después de un movimiento como para ir a buscarla, vuelve la cabeza.)

BEATRIZ.

¡Jaime!

(En este momento, y al dar el último grito BEATRIZ, salen ella, JUANA, MANFREDO y ROGER por la izquierda, primer término.)

JAIME.

¡No la quiero oír!

(Tapándose los oídos. Cae desplomado en un sillón, a la derecha.)

Escena XII

DON JAIME. BERENGUEL, después, por el fondo.

BERENGUEL.

(Acercándose a DON JAIME, que permanece anonadado, con la cabeza entre las manos y sin notar la presencia del almogávar.)

¿Eso es dormir o llorar?

Si duerme, muy mal la torre

vigila, y peligro corre

de ir al foso a despertar.

Y si llora, ¡por mi tierra

y mi santo!, que el remedio

no es muy propio de un asedio,

ni gran máquina de guerra.

A su edad, ¡qué ha de servir,

(Mirándole desdeñosamente.)

aunque se llame Argelez!

Para enamorar, tal vez;

pero no para reñir.

Para esta marcial función

es preciso ¡haber vivido!...,

y tener ya muy curtido

el cutis y el corazón.

Tiempo es ya de concluir.

Aquí estoy.

(En voz alta.)

JAIME.

(Levantándose con ímpetu.)

¿Y quién es él?

BERENGUEL.
El de siempre.

JAIME.
¡Berenguel!

BERENGUEL.
Me habéis mandado venir;

pero si acaso importuno...

JAIME.
No importunas.

BERENGUEL.
O si canso...

JAIME.
Ya para mí no hay descanso

ni más pensamiento que uno.

BERENGUEL.
Entonces aquí me quedo.

JAIME.
Mírame de cerca y fijo,

y di la verdad. La exijo.

Al mirarme, ¿sientes miedo?

(Pausa. DON JAIME le mira fijamente. BERENGUEL se sonríe con desdén.)

BERENGUEL.

Allá en mis años, señor,

con otro «don Jaime» andaba,

con otro que se llamaba

«don Jaime el Conquistador».

Me miró más de una vez,

y nunca miedo sentí.

(Dice esto con cierta insolencia.)

JAIME.

¿Pero ahora lo sientes, di,

al mirar al de Argelez?

A esto responde, o al potro

tu lengua y tu cuerpo doy.

Y en cuanto a ti si fuí y si soy,

soy tan bueno como el «otro».

BERENGUEL.

Y vos, ¿qué pensáis de quien

os mira de modo tal?

JAIME.

Que te han juzgado muy mal;

(Después de mirarle un momento.)

o que tú finges muy bien.

BERENGUEL.

¿Qué dicen?

JAIME.

Corre el rumor,

rumor que llegó a mi oído,

que al francés estás vendido.

BERENGUEL.

¿Me acusan, pues?...

JAIME.

De traidor.

BERENGUEL.

Y tiene algún fundamento

lo que dicen.

JAIME.

(Con voz amenazadora.)

¡Berenguel!

¿Con el francés?

BERENGUEL.

Pues con él.

JAIME.

¿Tú?

BERENGUEL.

¡Cabal! Yo nunca miento.

Con el extranjero trato,

(Dice todo esto con aire de triunfo y como gozándose de la sorpresa de su dueño.)

aunque no por mi ganancia.

Con el mismo rey de Francia

hablé claro y largo rato.

Y en la enorme cueva vieja,

cual fantasmas con arneses,

un buen golpe de franceses

ya sus armas apareja.

(Riendo.)

JAIME.

(Echándole mano con ímpetu.)

¡Traidor!

BERENGUEL.

Sí, traidor se llama,

al pronto, al que os ha traído

a Felipe el atrevido,

con su famosa oriflama,

al centro del gran torreón,

clave de la fortaleza;

mas si por traidor empieza,

es por su cuenta y razón.

JAIME.

(Sin poder casi dominar su impaciencia.)

¿Cuál es?

BERENGUEL.

Así les arguyo.

(Con malicia y refiriéndose a los franceses.)

«Una señal. El asalto.

¡Arriba entonces! Yo falto,

y, claro, el torreón es suyo.»

(Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.)

JAIME.

Jugando estás con la muerte,

y jugada va tu vida:

ten la espada prevenida

porque voy a echar la suerte.

BERENGUEL.

Echada está y no me aterra.

JAIME.

¡Pero con traición y dolo!

BERENGUEL.

Como queráis; yo sé sólo

que son artes de la guerra.

JAIME.

En un infierno has metido

mi pensamiento anhelante;

aún no comprendo bastante,

pero ten por entendido

que yo no mancho mi honor

con empresas traicioneras,

y que de todas maneras

vas a resultar traidor.

BERENGUEL.

(Ya algo desconcertado ante el enojo de DON JAIME.)

Pues o traidor o leal,

ya en la empresa me metí,

que estando en guerra creí

que no os pareciese mal.

Pero tal como ella es,

si vos no la rematáis,

la fortaleza entregáis

cual un traidor al francés.

JAIME.

(Con suprema angustia.)

¿Puedo impedirlo?

BERENGUEL.

(Le mira y se ríe con risa entre estúpida, maliciosa y feroz.)

Es corriente.

(Acercándose a él y con voz de triunfo y de misterio.)

En el hueco cavernoso

se mete «el agua» del foso

y también «la» del torrente.

(DON JAIME da un grito de terror y retrocede. BERENGUEL le sigue explicando su plan.)

«Una» les corta la entrada;

«otra» corta la salida.

¡La gente queda cogida,

y es ya nuestra la jornada!

Lo mejor de aquella grey:

seis varones esforzados,

más de quinientos soldados,

y tal vez el mismo rey.

JAIME.

Pero, ¡mal rayo te parta

y partido te confunda!,

ese torrente que inunda

y de su cauce se aparta,

¿adónde va, Berenguel?

BERENGUEL.

Al desagüe que le dejo.

JAIME.

(Cogiéndole por un brazo y sacudiéndolo, furioso.)

¿Cuál?

BERENGUEL.

El subterráneo viejo.

JAIME.

(Con voz terrible.)

¡La condesa va por él!

BERENGUEL.

¡Ella!... Lo siento... y me pesa.

JAIME.

Tu infame traición lo quiso.

BERENGUEL.

(Rehaciéndose con fiereza.)

Pues elegir es preciso

entre el rey y la condesa.

JAIME.

¡Y lo dudas, infeliz!

BERENGUEL.

Que empiezo a dudar infiero.

(Con desconfianza.)

JAIME.

Lo primero es lo primero.

BERENGUEL.

¡El de Aragón!

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BERENGUEL.

(Disponiéndose a salir.)

¡Me encontraréis frente a frente!

JAIME.

(Poniéndose delante.)

Siempre así me encontrarás.

BERENGUEL.

Paso, conde.

JAIME.

¿Adónde vas?

BERENGUEL.

A desatar el torrente.

JAIME.

(Con voz terrible.)

¿Para qué?

BERENGUEL.

Para arrojarlo...

JAIME.

¿Sobre quién?

BERENGUEL.

Sobre quien sea.

JAIME.

Pues que tanto lo desea,

al fin logra desatarlo;

(Desnudando la espada.)

pero el torrente soy yo.

BERENGUEL.

(Lo mismo.)

El traidor debéis decir.

(Quiere pasar y DON JAIME le cierra el paso.)

¡Paso!

JAIME.

¡Jamás! ¡A reñir!

BERENGUEL.

¡Y a muerte!

(Riñen con furia y en silencio.)

JAIME.

Que es la que doy.

(Cae BERENGUEL muerto. DON JAIME queda en pie contemplándolo.)

Escena XIII

DON JAIME; BERENGUEL, en tierra; LAURIA, MARQUET y BARROSO, por el fondo, apresuradamente y con las espadas desnudas. Se oye el toque de una campana.

JAIME.

Fué por mi Beatriz. Bien hecho

está lo que hice.

LAURIA.

MARQUET.

¡El francés!

BARROSO.

MARQUET.

¡El asalto!

BARROSO.

Suyo es

el torreón y un largo trecho

de la muralla.

LAURIA.

¡Él ha sido!

(Reparando en el cuerpo de BERENGUEL.)

MARQUET.

¡El Judas!

BARROSO.

¡El renegado!

LAURIA.

¡Lo ha pagado!

MARQUET.

¡Lo ha pagado!

BARROSO.

¡Merecido!

LAURIA.

¡Merecido!

JAIME.

Basta ya de rabia loca.

Si él responderos pudiera,

algo en su abono dijera.

Sólo a Dios juzgarle toca.

De esta noche en los furores

todos seremos iguales:

los leales, por leales;

los traidores, por traidores.

Y para todos su juez

habrá también de seguro;

conque a morir sobre el muro

por Aragón y Argelez.

LAURIA.

Ceñid el casco, señor,

que los golpes menudean.

(Presentándole el casco, al ver que se dispone a salir sin cubrirse la cabeza.)

JAIME.

(Rechazándolo.)

Para que todos me vean,

voy así mucho mejor.

Y de este modo he de ir,

y así todos me han de ver

sobre el muro combatir;

los de fuera hasta caer,

los de dentro hasta morir.

TELÓN

Acto segundo

La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelez, en los Pirineos. Puerta en el fondo con un gran tapiz. A los lados, trofeos. A la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo otra puerta, con tapiz también. A la izquierda, en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. A los lados, bancos y tres sillones blasonados; en segundo término, otra puerta como la de enfrente. La estancia, grande, severa, algo sombría. A la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida. La hoguera despide grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exterior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios colores.

Escena primera

BEATRIZ y MANFREDO, sentados junto a la chimenea y muy cerca uno de otro.

MANFREDO.

Estás triste como nunca,

y de mi mano tu mano

huyó, sintiendo tal vez

repugnancia a mi contacto.

BEATRIZ.

Estoy triste como siempre,

que la tristeza ha tomado

asiento en mi corazón,

con tal imperio y tal mando,

que sólo la muerte puede

dar libertad al esclavo.

MANFREDO.

Pues venga para los dos,

que tampoco lo rechazo.

BEATRIZ.

¿Tú morir? ¿Por qué, Manfredo?

¿Pues no conseguiste acaso

mi amor? ¿Y mi amor no ha sido

todo lo que has codiciado?

Pues vive y goza: o confiesa

que del deleite en el vaso

ya sólo queda amargura,

y vergüenza y desencanto.

MANFREDO.

Porque es mentira tu amor.

Porque te tengo en mis brazos

y sólo estrecho una fría

inerte estatua de mármol.

Y tu ser, tu pensamiento,

tu alma, lo que yo más amo,

hielo escupiéndome al rostro,

se escapan bajo mis labios,

diciendo en voz desdeñosa:

«No somos para el bastardo.»

BEATRIZ.

No es eso, no me comprendes.

MANFREDO.

Que sólo a Jaime has amado;

esto es lo que yo comprendo.

BEATRIZ.

Yo te amé, Manfredo, tanto,

que con ser Jaime tan noble,

y con ser tú tan villano,

huyó de «él» y fué a ti

todo mi ser arrastrado

por la atracción del abismo

que en tu corazón labraron,

o las garras de Satán

o la hiel del desengaño.

Y ya vencido mi honor,

y ya tu empeño logrado,

me dije: «Pues esta dicha

impura me cuesta tanto,

apurémosla, que debe

ser digna del ángel malo»,

y quise gozar, vivir,

cobrarne de mi pecado...,

y no pude, porque siempre,

entre mi pecho y tus brazos,

«¡él!» se interpuso.

MANFREDO.

¿Quién?

BEATRIZ.

Jaime.

Sentí el fuego de sus labios,

y su cariñosa voz,

y a veces hasta su mano

recogiendo en mis mejillas

los despojos de mi llanto.

MANFREDO.

(Pensativo.)

Yo también. Mas fué ilusión,

los muertos jamás lograron

ni alzar la fúnebre losa,

ni desnudar los sudarios.

BEATRIZ.

(Con supersticioso terror.)

¿Y si quedan insepultos

de un castillo abandonado

entre las sangrientas ruinas?

¿Y si tan sólo lograron

por losa un torreón hundido,

la ortiga y el jaramago

por mortaja, y en el pecho

su sangre por epitafio?

Y entonces, di: ¿no podrán

una noche, y a los rayos

de la luna, levantarse...?

¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?

De la noche en el silencio,

el eco triste y lejano

de una trompeta de guerra

repitió los toques bárbaros.

Alguien se acerca al castillo

y avisa a los castellanos.

¡Si fuera Jaime!

(Con espanto, acercándose a MANFREDO y buscando en él protección.)

MANFREDO.

Imposible.

(Asomándose a la ventana.)

Nada se oye. Fué un engaño

de tu loco pensamiento,

o de ave salvaje el canto,

o quizá de hambriento lobo

el aullido prolongado.

BEATRIZ.

¿No será Jaime?

MANFREDO.

Beatriz,

¿aún dudas? Murió mi hermano

la noche aquella, después

de rechazar tres asaltos.

Los fugitivos lo dicen,

la fama lo ha pregonado,

y lo demuestra su ausencia...

BEATRIZ.

(Al oído.)

Y nosotros lo deseamos.

¿Verdad?

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Pues oye:

no sé cómo, ni sé cuándo,

pero yo sé que vendrá.

Alguna vez con espanto

le veremos al volver

hacia atrás el rostro cárdeno.

¡Manfredo! ¡Manfredo!... ¡Mira!

(Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.)

MANFREDO.

Es de tu cuerpo adorado

la sombra que sobre el muro

esas llamas arrojaron.

BEATRIZ.

¡Y qué negra me parece!

MANFREDO.

¡Y a mí tu cuerpo, qué blanco!

¡Mal haya fuego que trueca

en negrura el alabastro!

BEATRIZ.

Pues el fuego de tu amor

hizo conmigo otro tanto.

(Se vuelven a sentar junto al fuego y quedan silenciosos.)

MANFREDO.

¿En qué piensas?

BEATRIZ.

No lo sé.

¡Son pensamientos tan vagos!

Y tú, ¿qué tienes?

MANFREDO.

¿Qué tengo?

Que siempre sabor amargo

hay en todas las palabras

de tus labios y mis labios.

¿Por qué no somos felices?

(Con desesperación.)

¿Por qué, di, si nos amamos?

BEATRIZ.

Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANFREDO.

Ahora, sí.

(Escuchan los dos con angustia.)

BEATRIZ.

Fué un prolongado

gemido.

MANFREDO.

Tienes razón.

Pero es Juana. Está llorando.

Pasa un día y otro día,

sin reposo y sin descanso,

junto a la puerta de bronce

que cierra el fúnebre espacio

en que fué a morir Roger.

Y si sube por si acaso,

es que escuchó desde lejos

del puente el desplome rápido.

Entonces viene.

BEATRIZ.

¿Y a qué?

MANFREDO.

(Con misterio.)

A preguntar si ha llegado.

BEATRIZ.

(Con temor.)

¡Si ha llegado! ¿Quién? ¡Responde!

MANFREDO.

(Con repugnancia.)

¿Quién ha de ser?

BEATRIZ.

¿Él?

MANFREDO.

Mi hermano.

BEATRIZ.

Ve a buscarla. Quiero verla.

MANFREDO.

Será inútil el mandato.

BEATRIZ.

¿Su presencia te da miedo?

MANFREDO.

¿Miedo yo?

BEATRIZ.

Pues ve. Te aguardo.

MANFREDO.

Ella no sabrá?...

BEATRIZ.

¡No sé!

MANFREDO.

Prudente es averiguarlo.

(Vase por la izquierda, segundo término.)

Escena II

BEATRIZ, sola.

BEATRIZ.

Cuando se aleja Manfredo

me parece que respiro;

pero si sola me quedo,

todo lo que en torno miro

no sé por qué me da miedo.

Toda voz es son doliente;

todo ser, monstruo irritado,

y todo acude a mi mente

cual fantasma del pasado

o amenaza del presente.

Mi adorado camarín

en que con Jaime veía,

allá de la tarde al fin,

ponerse al astro del día

tras cortinas de carmín.

Esa ventana ojival

a que ansiosa me asomaba

al escuchar la señal

de que mi dueño tornaba

a su castillo condal.

Y la banda carmesí

que bordé con embeleso

una y otra noche aquí,

y que al partir le ceñí

mientras él me daba un beso.

Esa armadura, terror

(Señalando a su trofeo.)

de los moros de Granada,

que limpié con tanto amor,

porque venía manchada

con sangre de su señor.

Hasta su clarín de guerra,

que imagino que otra vez

(Se oye, en efecto, el toque de un clarín.)

resuena al pie de la sierra,

anunciando que a su tierra

vuelve el conde de Argelez.

Hasta el noble y viejo hogar

en que al amor de la lumbre

él me solía contar,

bajo la ahumada techumbre,

las consejas del lugar.

Todo como estaba se halla;

todo lo espera fiel,

desde la piedra a la malla;

hasta su viejo lebril

y su corcel de batalla.

Todos constantes le han sido,

todos la fe le han guardado,

ninguno le dió al olvido

más que su dueño querido,

más que su dueño adorado.

Y todo así en el torreón

desde el muro a la coraza,

desde el lebril al bridón,

es una eterna amenaza

y una eterna acusación.

¡Qué más! Hasta este tapiz,

(Mirando con horror al fondo.)

el espanto comprendiendo

de esta mujer infeliz,

parece que está diciendo:

«¡Aquí está!»

Escena III

BEATRIZ, DON JAIME, seguido de algunos PAJES y ESCUDEROS. Se levanta el tapiz, y aparece DON JAIME y los que le acompañan.

BEATRIZ.

¡Jaime!

(Retrocede al ver a su esposo)

JAIME.

(Avanzando.)

¡Beatriz!

(BEATRIZ da un grito y cae desmayada en tierra. DON JAIME la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demás se aproximan.)

No temáis... Fué la emoción;

que venga pronto mi hermano.

Vuelve el calor a su mano

y el latido al corazón.

¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor!... ¡Cuán bella!

Manfredo y no más testigos.

(Dirigiéndose al acompañamiento.)

Idos, mis buenos amigos;

dejadme a solas con ella.

Mas preparar el torreón.

(Deteniéndolos con el gesto.)

Como os he dicho al entrar,

que me sigue y va a llegar

el monarca de Aragón.

(Vase por el fondo el acompañamiento.)

Escena IV

DON JAIME y BATRIZ, desmayada.

JAIME.

Único amor de mi vida,

por quien perdí como infame

torre por mí defendida,

abre los ojos y dame

con ellos la bienvenida.

Yo arrojé por ti contento,

en la sangrienta jornada,

honra y existencia al viento,

y ahora quiero una mirada

de amor y agradecimiento.

Mas no tardes, vida mía,

que helada estás por acaso

como una escultura fría,

y este fuego en que me abraso

a un mármol animaría.

Si vives, vive mujer;

(Con ansiedad.)

si has muerto, no tardes, no,

en hacérmelo entender,

que tú muerta y vivo yo,

¡ya ves que no puede ser!

(BEATRIZ comienza a volver en sí.)

¡Alma, si del cuerpo inerte

rompiste ya la clausura,

dímelo, que yo iré a verte

y a contemplar tu hermosura

en el seno de la muerte!

Ya el calor vuelve a su mano,

ya de vida una centella...

Escena V

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO. BEATRIZ, desmayada en los brazos de DON JAIME, pero volviendo poco a poco en sí. MANFREDO, por la izquierda, segundo término.

MANFREDO.

Rogué a Juana, pero en vano...

(Aparte. Reparando en el grupo que forman DON JAIME y BEATRIZ.)

¡En ajenos brazos ella!...

¡Miserable!

(Dice esto precipitándose sobre DON JAIME; éste se vuelve y se reconocen.)

¡Jaime! (Retrocediendo.)

JAIME.

(Con explosión de alegría.)

¡Hermano!

A mi pecho, o ¡vive Dios!

que creeré que te doy miedo.

MANFREDO.

¡Jaime!... ¡Jaime!

(Acercándose poco a poco.)

JAIME.

¡Ven, Manfredo!

¡En un abrazo los dos!

(Sin soltar a BEATRIZ, coge con el brazo a su hermano.)

MANFREDO.

Basta...

JAIME.

Mira, vuelve en sí.

BEATRIZ.

¿Dónde estoy?

(Mirando, como si no comprendiese, a DON JAIME y a MANFREDO.)

¡Virgen sagrada!

¡Jaime y tú!

(Reconociéndolos al fin.)

JAIME.

¡Beatriz amada!

BEATRIZ.

¡Suéltame!...

MANFREDO.

¡También a mí!

(Los dos se arrancan de los brazos de DON JAIME; los dos retroceden unos pasos y quedan a alguna distancia de él, contemplándole con terror. Pausa.)

JAIME.

Singular recibimiento,

y recibimiento triste.

No comprendo en qué consiste,

pero extraña angustia siento.

Vuestro aspecto al contemplar

dudo si soy, y esto es llano,

el esposo y el hermano

que torna al fin a su hogar,

o más bien sombra importuna,

sin contornos y sin vida,

de unas ruinas desprendida

a los rayos de la luna;

sombra de muerte y tristeza,

que viene a llamar medrosa

a la puerta desdeñosa

de su antigua fortaleza.

MANFREDO.

(Reponiéndose algo y acercándose con fingido afán.)

¿Qué dices? No, por favor...

(A BEATRIZ.)

Confunde nuestra alegría...

JAIME.

Pues cualquiera pensaría,

al veros, que era pavor.

MANFREDO.

(Esforzándose de nuevo por fingir.)

¡Qué idea!... Si es que... se dijo...

por gentes que aquí llegaron

que los franceses que entraron

a nadie, a nadie..., de fijo,

dejar quisieron con vida.

JAIME.

No quisieron, eso es cierto.

BEATRIZ.

Y entonces te juzgué muerto.

(Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe a llorar. DON JAIME se acerca a ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.)

¿Ves mi faz descolorida?

JAIME.

Sí, cual lirio que se trunca.

Esta faz...

BEATRIZ.

Ya no es aquella.

JAIME.

Pero aun así estás muy bella;

¿quizá más bella que nunca!

BEATRIZ.

Y mis ojos, Jaime, di,

¿brillan como antes mis ojos?

JAIME.

Sí brillan, pero están rojos.

BEATRIZ.

De tanto llorar por ti.

JAIME.

¿No me engañas? ¿No? Mi bien,

ese llanto triste y puro;

¿fué por mí?

BEATRIZ.

Por ti, lo juro.

MANFREDO.

(Con verdad y celosa amargura.)

Por ti, lo juro también.

JAIME.

¡Os creo!

(Con arranque de noble confianza. Pausa. Queda de nuevo pensativo.)

¿Pero el horror

que sentisteis y el espanto?...

BEATRIZ.

¡Es que se parecen tanto,

Jaime, el placer y el dolor!

JAIME.

¡Eso para ser feliz

es necesario que sea!

¡Eso es preciso que crea!

(Como queriendo imponerse a sí mismo.)

BEATRIZ.

(Con ansiedad.)

¿Pero lo crees?

JAIME.

(Con nuevo arranque de amor y de confianza.)

¡Sí, Beatriz!

Con tanta sangrienta herida

y con tanto delirar,

casi he llegado a olvidar

cómo se vive en la vida;

que del dolor el tormento

en mí se echó la suerte

que las sombras de la muerte

aún traigo en el pensamiento.

¡Otra vez a mí los dos!

(Abriendo los brazos con expansión y alegría.)

BEATRIZ.

(Se acerca a su esposo. MANFREDO también.)

¡Sí, Jaime!

(Se abrazan otra vez; MANFREDO se separa al instante, con dulzura, y trata de variar la conversación.)

MANFREDO.

No nos dijiste

cómo salvarte pudiste.

JAIME.

¿Cómo? Por obra de Dios.

(Coge a BEATRIZ por una mano y la hace sentar. Él se sienta a su lado. MANFREDO, en pie. Pausa.)

Rechazar pude el asalto

con mis bravos montañeses,

y con cuerpos de franceses

vióse el foso rebosar.

Por el fuego derretido

vomitaba cada almena,

como monstruo a boca llena,

plomo hirviendo sin cesar.

Siempre las hondas silbando,

y las ballestas crujendo,

y los de afuera cayendo

al pie siempre del torreón.

Y a la luna, y en mi mano,

por mi sangre ya manchada

y por todos aclamada,

la bandera de Aragón.

Pero estaba el enemigo

en la misma fortaleza,

y aunque Dios me es buen testigo

que luché para morir,

o por débiles sus brazos,

o mi cuerpo por robusto,

o el Destino por adusto,

no lo pude conseguir.

Sólo, sí, perdí el sentido;

algo horrible vino luego:

tempestad de sangre y fuego

por encima me pasó.

Transcurrieron muchas horas,

el castillo fué incendiado,

y fué luego abandonado

cual cadáver: «como yo».

«Él» y yo en abrazo estrecho.

Yo enterrado hasta los hombros,

como si él con sus escombros

consiguiérame abrazar.

Y a mi vez con ansia loca,

aferrado, en mi agonía,

a las piedras que podía

con mis brazos alcanzar.

A otra noche, entre las ruinas,

moribundo y desangrado,

o ya en ellas sepultado,

o guardándolas tal vez,

por piedad que el cielo premie,

con mi helado cuerpo dieron

unos monjes que vinieron

del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,

pero el alma otra vez brava,

del rey supe que se hallaba

detenido en Cervellón.

Llegué; vile, dije al punto:

«Aún me queda alguna sangre;

si aprovecha, cual barrunto,

tómala, rey de Aragón.»

Y ésta es toda mi aventura.

Pero el rey...

(Se oye ruido del puente levadizo.)

MANFREDO.

¿El rey te sigue?

JAIME.

Ha querido que le abrigue

una noche por leal

el castillo de mis padres.

Y presumo que ha llegado,

porque el puente han desplomado

de la torre señorial.

(Se levanta, va a la ventana y mira por ella)

Ya se escuchan los clarines;

y las armas ya rechinan;

hacia el puente se encaminan:

ven, Beatriz, vamos los dos.

Que don Pedro te contemple,

y que piense bien y note

que más más vale que su lote

el que quiso darme Dios.

(Vanse por el foro BEATRIZ y DON JAIME.)

Escena VI

MANFREDO, solo.

MANFREDO.

A todos dió ese reparto

o buena parte o buen lote;

sólo al bastardo por befa

su bastardía tocóle.

Al rey su reino, y a más

el de Sicilia, que a botes

supo ganar de su lanza,

en eso estamos conformes;

pero que aun siendo muy buenos,

no han podido ser mejores

que los que yo hubiera dado

al frente de mis varones

a tener una corona

y un ejército de nobles.

A mi hermano sus castillos,

y su condado, y su nombre,

y por completar su dicha,

de mujer tal los amores,

que por lograrlos he dado

de los inmortales goces

del cielo toda mi parte,

si es que alguna en tales dones

a un bastardo como yo

se le guarda y reconoce.

A mí, en cambio.... nada, nada;

ni coronas, ni blasones,

ni gloria, ni amor siquiera,

que de traidor y de torpe

no lleve sello maldito

y no manche cuanto toque.

Y por si esto no bastase,

siempre, de día y de noche,

una voz que nunca suena

y que eternamente se oye,

en las largas galerías,

en los huecos de las torres,

en los pliegues de las nubes

y en las frondas de los bosques.

Voz que dice sin cesar:

«Caín, Caín fué más noble.

Por algo Dios y tu padre

no quisieron darte nombre.»

Escena VII

MANFREDO y JUANA, por la izquierda, segundo término. Viene vestida de luto, y al entrar mira con empeño a MANFREDO.

MANFREDO.

Juana, ¿qué buscas aquí?

JUANA.

Lo único que ya me resta:

la venganza.

MANFREDO.

¿Quién la apresta?

JUANA.

Yo.

MANFREDO.

¿Contra quién?

JUANA.

Contra ti.

MANFREDO.
Eres injusta.

JUANA.
¡Villano!

¿No fuiste tú su asesino?

MANFREDO.
Yo, no. Lo fué su destino.

JUANA.
Pero lo fué por tu mano.

(Pausa.)

El amor de mi Roger

era cuanto yo tenía:

ni más venturas pedía,

ni más codiciaba ser,

de este tránsito mortal

en el áspero sendero,

que del humilde escudero

la compañera leal.

Dió por ciega la fortuna

a ti y a los tuyos todo;

y a nosotros, ¡pobre lodo!,

mala fosa y mala cuna.

Para la cuna, el dolor;

para la fosa, una cruz;

y sólo un rayo de luz

de la una a la otra: «el amor».

Pues ese rayo, remedo

de más altos resplandores,

lo apagaron tus furores.

¡Y no sé por qué, Manfredo!

¿Tomé parte alguna vez

en tus glorias o reveses?

¿Te he impedido yo que fueses

conde o duque de Argelez?

¿Fuí yo de tu bastardía

la causa ni la ocasión?

¿Pues qué ganó tu blasón

con «su muerte» y mi agonía?

MANFREDO.

Deliras y te perdono.

JUANA.

¿Tu perdón? Ya viene tarde;

y con mostrarte cobarde,

aún haces mayor mi encono.

MANFREDO.

Vete.

JUANA.

Cuando hable con él.

MANFREDO.

¡Con él! ¿Con quién?

JUANA.

Con tu hermano.

(Al notar un movimiento de MANFREDO.)

Sé que vino. Aunque lejano,

oí ladrar a su lebel.

Tendido y triste esperaba

junto al puente levadizo.

Yo en un negro pasadizo

junto a una puerta lloraba.

Pero él tuvo mejor suerte

que mi suerte maldecida:

su dueño tornó con vida,

mi dueño quedó en la muerte.

En fin, ello es que los dos

al mismo tiempo esperamos

y al mismo tiempo lloramos;

y de este modo, ante Dios,

en lenguaje bien sencillo,

de un puente los duros gonces,

y de una puerta los bronces,

probarán que este castillo

dentro de su barbacana,

no vió bajo sus dinteles

más que dos seres fieles:

«un lebrel y una villana».

MANFREDO.

(Acercándose amenazador.)

¿Por qué dices eso?

JUANA.

Tú

no puedes interrogarme.

MANFREDO.

¿Y tú puedes afrentarme?

JUANA.

Sí puedo.

MANFREDO.
(Cogiéndola de un brazo.)

¡Por Belcebú,

que hablarás!

JUANA.
Al de Argelez.

MANFREDO.
Llevo su sangre.

JUANA.
No entera.

Alguna: y de tal manera,

que ésa te sube a la tez.

MANFREDO.
¡Juana!

(Amenazando.)

Vete.

(Conteniéndose.)

JUANA.
Cuando le hable.

MANFREDO.
Pronto.

JUANA.
Que no.

MANFREDO.
¡Y me provoca!

Eres implacable o loca.

JUANA.
Lo que tú fuiste: implacable.

MANFREDO.
No puedes verle.

JUANA.
Es de ley

que le vea.

MANFREDO.
El soberano

viene con él.

JUANA.
(Con alegría.)

¡Con tu hermano!

MANFREDO.

El rey.

(Asomándose al fondo.)

JUANA.

Pues mejor, al rey.

Escena VIII

DON JAIME, BEATRIZ, DON PEDRO III DE ARAGÓN, MANFREDO, JUANA, varones, capitanes, escuderos, pajes, etc.; todos llegan por el fondo. Delante, dos pajes, que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan o sobre la mesa o en las basas de los trofeos. DON JAIME, BEATRIZ y el REY, a medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero a la izquierda; MANFREDO y JUANA quedan en primer término, pero a la derecha; los varones, casi en primer término; en segundo, el resto del acompañamiento; guardia de almogávares a la puerta.

JAIME.

Entrad, señor, y tenga mi castillo,

baluarte heroico de pasados tiempos

la honra de ver sobre sus anchos muros

al vencedor, y al rey, y al caballero.

REY.

Varón aragonés, mi noble conde,

bien defendiste el apretado cerco.

Mucho Aragón te debe.

JAIME.

(Con repugnancia y enojo.)

¡Nada, nada!

REY.

Tu mano: yo también mucho te debo.

(Le da la mano.)

Para ti no quisiste recompensa.

JAIME.

No la quise, señor; no la merezco.

REY.

Mal juez en propia causa es uno mismo.

JAIME.

¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?

(Con amargura.)

El perder un castillo, más merece

que noble galardón, duro escarmiento.

REY.

Al que infame vendió la fortaleza,

tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.

Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...

JAIME.

Nególe Dios, por justo o por severo,

el solo galardón a que aspiraba:

de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.

REY.

Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;

pero en esta ocasión yo te recuerdo

que muchas veces me pediste, conde,

lo que yo te negué y hoy te concedo.

(Movimiento de DON JAIME.)

Ennoblecere a un hombre que tu sangre

lleva en sus venas y quizá tu aliento.

(Movimiento de MANFREDO.)

JAIME.

¡Señor, señor!

(Con extraordinaria alegría.)

REY.

¿En dónde está tu hermano?

Quiero hacerle tu igual.

(MANFREDO retrocede instintivamente a segundo término, y se hunde, por decirlo así, en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano, a quien deshonra, y por ruegos suyos puede realizar todos sus sueños de ambición.)

MANFREDO.

(Aparte.)

¡Gran Dios!

JAIME.

(Se dirige gozoso a MANFREDO, le trae de la mano y se lo presenta al REY. MANFREDO dobla la rodilla y aún más la cabeza. Al ir a traerle.)

¡Manfredo!

REY.

Conde del Ampurdán, que un mismo padre

su sangre os repartió prueben tus hechos.

(Le hace levantar.)

¿También rechazas la merced que le hago?

(A DON JAIME.)

JAIME.

Esta no la rechazo, no; la acepto.

Y aunque él la pagará, que mucho puede,

somos dos los deudores, rey don Pedro.

MANFREDO.

Para que haya deudor es necesario

que haya otra cosa más: deuda primero.

REY.

La deuda existe, pues la acepta el conde.

(Con extrañeza y acento de severidad.)

MANFREDO.

(Con energía.)

Si él la acepta, señor, yo no la acepto.

JAIME.

¿Qué dices?

MANFREDO.

La verdad, y esto no amengua

ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.

Mas por mérito ajeno concedida,

la merced es afrenta antes que premio.

(Con fiereza.)

REY.

(Con enojo y desdén.)

Las mercedes que otorga tu monarca

jamás afrenta son, ni aun recayendo

en un ser... como tú.

MANFREDO.

Porque no corran

peligro semejante no las quiero.

REY.

¿Y si lo mando yo?

MANFREDO.

De llevar nombre

o no llevarlo, ¡oh rey!, yo soy el dueño;

ni mi hermano ni vos. Soy lo que he sido.

Pues bastardo nací, bastardo quedo.

REY.

(Avanzando amenazador.)

¿Tú desprecias?...

JAIME.

(Interponiéndose.)

¡Señor!

BEATRIZ.

(Lo mismo.)

¡Señor!

REY.

(Conteniéndose.)

Ya basta.

En Aragón, del noble y del plebeyo

la libertad es ley, según afirma

de la «unión general el privilegio».

¿Quieres bastardo ser? Como te plazca;

mas retírate atrás, y al par quedemos

los que somos iguales: reyes unos,

varones otros y ambos caballeros.

(Aparte, pensativo y sombrío.)

Como un bastardo: todos mala yerba.

Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo.

JAIME.

Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY.

Basta, Argelez...

JAIME.

Señor...

REY.

Aquí acabemos.

JAIME.

Enojado quedáis.

REY.

No, ciertamente:

y la noche pasar, en prueba de ello,

quiero contigo y con tu noble esposa

en íntima velada y junto al fuego.

No ved al rey en mí. El huésped sólo

es el que os pide lumbre, albergue y lecho.

(Se sienta el REY en uno de los sillones blasonados, al lado del hogar; a su derecha, BEATRIZ; a su izquierda, DON JAIME. MANFREDO, siempre en pie, en segundo término. JUANA, muy cerca de él. Con tono bondadoso y familiar.)

A este castillo feudal,

¿no trajo jamás el viento

el enamorado acento

de la musa provenzal?

¿Ningún trovador llegó

bien amado o mal ferido?

JAIME.
(Con interés.)

Uno solo, y ése ha sido

mi hermano.

REY.
(Con disgusto.)

Tu hermano, no.

(A BEATRIZ.)

Aunque soy hombre de guerra,

me agrada la poesía.

¿La condesa no tendría,

de esta torre o de esta tierra,

guardada allá en su memoria,

que yo sé que es peregrina,

alguna fábula divina

o alguna sabrosa historia?

BEATRIZ.

(Con tono glacial, a pesar suyo. Es mujer y no olvida que acaba el REY de afrentar a MANFREDO.)

No puedo al rey, mi señor,

ofrecer lo que desea.

Nada recuerdo que sea

digno de tan alto honor.

REY.

(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)

Perdonad: ¡cómo ha de ser!

Seguiré la vuelta dando

a la estancia, mendigando

un poco de gay saber:

a ti no te he de pedir

(Fijando la vista en DON JAIME y hablándole afectuosamente.)

lo que no me puedes dar.

Tú sólo sabes luchar.

JAIME.

Y mal, pues no sé morir.

REY.

(Volviéndose a los de segunda fila.)

¿Y entre esta gente tampoco

habrá ninguno que quiera,

de trovador a manera,

o de bufón o de loco,

inflamar su fantasía,

aguzar su entendimiento,

y de este modo contento

procurarnos y alegría?

Que estén solas no es razón

en tal empresa esas ramas,

(Señalando a la hoguera.)

que todas se vuelvan llamas

para dar luz al salón.

(El REY pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio. Pausa. A cada momento se muestra más y más contrariado, y juega maquinalmente con el puño de su espada.)

Nada: silencio otra vez.

Por ninguna parte medro.

Mal tratan al rey don Pedro

en la torre de Argelez.

Menos me costó en rigor

la conquista de Sicilia

que encontrar en tu familia,

bueno o malo, un trovador.

JUANA.
(Adelantándose.)

Si una leyenda deseáis,

rey de Aragón, y tras ella

de un crimen la roja huella,

disteis con lo que buscáis.

JAIME.
(Con sorpresa.)

¡Juana!

BEATRIZ.
(Con terror.)

¡Juana!

REY.
Esa mujer

que se presenta enlutada,

trayendo nuestra velada

dolor en vez de placer,

¿quién es?

JUANA.

Quien viene a pedir

venganza, rey justiciero.

BEATRIZ.

(Con cierto apresuramiento.)

La esposa de un escudero.

JUANA.

Su viuda, queréis decir.

JAIME.

¿Murió Roger?

(Con verdadero sentimiento y con sorpresa.)

JUANA.

Sí, murió.

REY.

(A DON JAIME.)

Roger se llamaba un bravo

que tú me enviaste y que al cabo

de San Feliú mandé yo.

Cierto mensaje le di

que contestación pedía.

¿La traía?

JUANA.

La traía.

cuando murió.

REY.

¿Dónde?

JUANA.

Aquí.

REY.

Expón tu agravio.

JUANA.

Al final

del cuento o de la conseja.

REY.

¿Una conseja?

JUANA.

Tan vieja

como esta torre feudal.

REY.

¿Y tú la sabes?

JUANA.

Tal vez.

Mas contarla corresponde

en justicia...

REY.

¿A quién?

JUANA.

Al conde.

REY.

(Volviéndose a DON JAIME.)

Pues comience el de Argelez.

JAIME.
(A JUANA.)

¿Una leyenda?

JUANA.
Sí.

JAIME.
¿Cuál?

JUANA.
La de la puerta de bronce

que, al girar sobre su gonce,

se cierra de modo tal,

que ninguno, a no ser vos,

o aquel que el condado herede

y el secreto, abrirla puede.

REY.
¿Y ahora?

JAIME.

Sí.

REY.

Gracias a Dios.

(Pausa. Movimiento general para prepararse a oír la leyenda.)

JAIME.

En otros siglos de ambiciones locas

fundaron esta torre mis abuelos:

diéronle base las gigantes rocas

y a sus almenas pabellón los cielos.

El moro fronterizo, el tiempo duro,

despoblado el breñal, el torreón fuerte,

sólo su ancho recinto era seguro

albergue en vida y sepultura en muerte.

Y así, en la base de la torre erguida,

bajo el cimiento y en la roca brava,

cual negra cripta y fúnebre guarida

labróse extensa y anchurosa cava.

Allí fueron, señor, de mis mayores,

a dormir en sepulcros, esparcidos

por fosas, nichos y anchos corredores,

los despojos del alma desprendidos.

Y en ese del descanso eterno centro,

que grandezas humanas avasalla,

descansaré también, si antes no encuentro

sepultura en el campo de batalla.

REY.

¿Y la leyenda?

JAIME.

Señor,

antigua crónica cuenta

que halló muerte en lid sangrienta

contra el árabe Almanzor

cierto conde de Argelez,

que su cadáver trajeron

al castillo, y que le hicieron

exequias de su alta prez,

y de su nombre y caudal

dignas por toda manera,

que, según pensaban, era

caballero sin rival.

Tendido en su sepultura,

entre las manos su espada,

la lápida levantada,

por mortaja la armadura,

le dejan: salen, en pos,

la puerta de encina y hierro

gira, y en aquel encierro

se quedan el muerto y Dios.

Pero no: también quedaron,

cual severos juzgadores,

las sombras de sus mayores,

las de aquellos que bajaron

antes que él a la región

de la eterna oscuridad,

donde se ve la verdad

sin la llama de un hachón,

donde el engaño no medra

ni el criminal nos fascina,

donde el cuerpo se reclina

y duerme en lecho de piedra.

Y la leyenda, al llegar

a este punto, diz que luego

que todo quedó en sosiego,

comenzaron a brotar

fantasmas en larga hilera

que el sepulcro circundaron

y que del muro miraron

por tan extraña manera

y con mirada tan dura,

si mira huecos sin ojos,

los terrenales despojos,

al través de la armadura,

que ante el negro tribunal

aquella carne sin vida

agitóse estremecida

en su cárcel de metal.

¿Recordó algún olvidado

secreto, antiguo y profundo,

algo que ignoraba el mundo,

crimen, deshonra o pecado?

Ello es que poco después

rompió la puerta de encina

y huyó a la torre vecina

un cadáver con arnés.

Y ya desde aquella noche

no hubo paz en el castillo;

porque al extinguirse el brillo

del sol y su rojo broche

traspasar el monte oscuro,

mostrábase el alma en pena,

ya apoyada en una almena,

ya vagando por el muro:

sombra con fieros rigores

por otras sombras tratada,

y por ellas arrojada

del panteón de sus mayores;

mísero despojo inerte

de un ser noble y poderoso,

a quien nunca dió la suerte

ni una noche de reposo

en el seno de la muerte.

JUANA.
(Aparte.)

Todos bajan la frente: ¿por qué todos

tiemblan y palidecen y se callan?

(En voz alta, al REY.)

¿No queréis conocer de la leyenda

la conclusión?

REY.
Sí, a fe.

JUANA.
Pues bien...

REY.
Acaba.

JUANA.
La puerta del panteón, que era de encina,

por otra se cambió fuerte y pesada,

toda de bronce la segunda, y dicen

que desde Roma una reliquia santa

trajeron, y por ella, y entre rezos,

la metálica puerta fué tocada.

Con esto y con abrirse por oculta

combinación de misteriosa máquina,

que sólo el conde sabe, se ha librado

este viejo castillo de fantasmas.

Hasta aquí la leyenda, y ahora el crimen.

REY.

Y también la justicia.

JUANA.

A reclamarla,

rey de Aragón, a tu poder acudo.

REY.

A nadie la negué.

JUANA.

Lo sé.

REY.

Pues habla.

JUANA.

Pues en ese panteón, que hace algún tiempo

del castillo a las gentes franco se halla,

porque en él una imagen milagrosa

se venera en capilla subterránea,

un hombre a mi Roger penetrar hizo,

no sé por qué razón ni por qué causa,

si por engaño fué, que sí sería...

MANFREDO.

(Adelantándose.)

Mintió quien dijo tal, que fué a estocadas.

(Movimiento de sorpresa en todos.)

REY.

(A JUANA.)

Más tarde lo sabremos: tú, prosigue.

JUANA.

El hombre de quien hablo a mi monarca,

dentro la presa ya, la hoja de bronce

con estruendo y furor cierra y encaja...

REY.

¿Y tiempo no será?

(Levantándose. Todos se levantan.)

JUANA.

Ya sólo es tiempo

para el castigo, ¡oh rey!, o la venganza.

REY.

El asesino di. Pronto, su nombre.

JUANA.

El bastardo.

MANFREDO.

Yo fuí.

REY.

Lo adivinaba.

JAIME.

(Acercándose a él como para protegerle.)

¡Manfredo!

JUANA.

¿Vaciláis porque es su hermano?

La justicia es mentira.

REY.

No, insensata.

De mi ley la cuchilla segar supo

«cabeza» tan indómita y tan alta

que el nivel alcanzó no pocas veces

de don Jaime, su padre y su monarca.

Nivel halló después por mi mandato

del turbio Cinca en las revueltas aguas.

Si con mi propio hermano hice justicia,

con «ése», ¿qué no haré?

BEATRIZ.
(Aparte.)

¡Dios santo!

JUANA.

¡Gracias!

JAIME.
(Avanzando respetuoso, pero decidido, hasta el REY.)

Es mi sangre, señor.

REY.

No por entero:

tan sólo la mitad.

JAIME.

Pues ésa basta

para que yo le quiera y le defienda

con todo el corazón y toda el alma.

REY.

¡Justicia en él haré si la merece!

JAIME.

Que la merezca o no, de mí se ampara.

MANFREDO.

No, Jaime; mi delito reconozco.

La sentencia, señor.

REY

Será mañana.

JAIME.

¡No será!..., perdonad..., mientras yo viva.

Es mi vasallo.

REY.

(Imponiendo silencio.)

Y yo soy tu monarca.

(A un CAPITÁN que sale a cumplimentar la orden.)

Buen Oliver, coloca centinelas

del panteón en la puerta. Con el alba

despiértenme, que asuntos hay que importan.

Y tú, mi noble conde, de mi cámara

el camino me muestra, que fué ruda

y sin descanso alguno la jornada.

JAIME.

(Se dirige, precediendo al REY, hacia la puerta de la derecha.)

Venid, señor, que vuestro es el castillo.

(Dos Pajes toman luces y se disponen a marchar delante del REY, así como dos de sus Capitanes a acompañarle. El REY se dirige hacia la puerta expresada, pero lentamente, después de saludar a los demás varones. BEATRIZ se acerca a su esposo; JUANA se coloca al lado de la puerta; MANFREDO, en el centro.)

MANFREDO.

(Inclinándose ante el REY al pasar éste.)

¡Justicia quiero!

BEATRIZ.

(Adelantándose unos pasos.)

¡Compasión!

JUANA.

¡Venganza!

REY.

(En el umbral de la puerta.)

Con la luz de la aurora querrá el Cielo

dar luz también al que de allí la aguarda.

(Salen en el orden siguiente, por la puerta de la derecha: los dos Pajes, con las luces; el REY; dos Capitanes. Quedan al lado de la puerta DON JAIME y BEATRIZ; algo separada, JUANA; en el centro, MANFREDO. Salen por el fondo las demás personas.)

Escena IX

BEATRIZ, JUANA, DON JAIME y MANFREDO. BEATRIZ y DON JAIME vienen al centro a buscar a MANFREDO. JUANA, en pie, al lado de la puerta por donde salió el REY.

BEATRIZ.

(A MANFREDO.)

¡Huye!

MANFREDO.

¡Jamás!

JAIME.

No temas. Con mi vida

de la tuya respondo. Con mi espada

atajaré, si necesario fuere,

al mismo rey si ciego se empeñara,

a contrafuero y contra ley, en darse

por juez de mis vasallos en mi casa.

Mi hermano eres: tu escudo es mi cariño.

MANFREDO.

Abandóname, Jaime.

JAIME.

No. Te aguarda

monarca de Aragón, quien no te cede

ni por el corazón ni por el alma.

(Volviéndose hacia la puerta por donde salió DON PEDRO.)

JUANA.

(En voz alta, como desafiando a DON JAIME.)

Duerme, rey de Aragón: junto a tu puerta

en vela está la viuda y la villana.

JAIME.

(Como en contestación.)

El conde de Argelez vela tu sueño:

duerme, rey de Aragón; duerme hasta el alba.

(Queda JUANA en pie al lado de la puerta; DON JAIME, en el centro, mirando hacia aquella parte; BEATRIZ y MANFREDO, a su izquierda.)

TELÓN

Acto tercero

La escena representa el panteón subterráneo del castillo de Argelez. En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera, y, sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse a muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta, se ve bajar de frente, o algo inclinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera hay un espacio de nivel que representa el ancho pasadizo. Después de la puerta, por la parte inferior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón, muy sombrío; a uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor, basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, a la izquierda del actor, un sepulcro que se supondrá es del padre de Don Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él, una escultura yacente, a ser posible con armadura de bronce y cara de mármol. Al pie del sepulcro, un escalón alto, que puede servir de banco. A un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente, debe suprimirse.

Escena primera

CABRERA y ZURITA, que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro; ésta ha de ser la única luz.

ZURITA.

De estas cosas, ¿tú qué piensas?

CABRERA.

Yo pienso poco, Zurita.

En estas cosas y en todas

obedezco sin malicia

ni repugnancia a quien manda,

si manda en ley. Mi consigna

cumplo como buen soldado;

y que entre por Algeciras

el moro, o que entre el francés

por el Coll de las Panizas,

a mí poco se me importa.

Yo no deajo que alma viva

entre, ni deajo que salga

de esos huecos ni una hormiga

sin aplastarla en las losas

con el cuento de mi pica.

Y lo demás que lo arregle

el rey, como es de justicia.

Pero, aunque nada me importa

de eso que tú dices, mira

que lo que es hoy no cambiara

mi pobreza y villanía

por toda la sangre noble

del bastardo.

ZURITA.

¡Mala víbora

le muerda, que no ha de darle

más veneno del que cría

el de Provenza en sus venas

y por sus ojos destila!

CABRERA.

Dicen que el pobre escudero

era mozo de valía.

ZURITA.

Dicen que por celos fué.

CABRERA.

¿Una mujer en la intriga?

Si era preciso.

ZURITA.

Manfredo

hace tiempo perseguía

a Juana; pero ella, honrada,

¡porque es muy honrada!, altiva

le rechazó.

CABRERA.

Si esa gente

que en la Provenza se anida

fué siempre mala y aviesa

y tocada de herejía.

Si esos trovadores traen

con sus cántigas malditas,

la corrupción a esta tierra

y el vicio a nuestras familias.

Si eso lo tengo yo dicho.

Pero escucha, yo creía,

porque anoche lo dijeron,

que la causa era distinta,

que en ella nada hay de amor,

sino infame alevosía.

ZURITA.

¿Pues tú qué sabes, Cabrera?

CABRERA.

Lo que la gente allá arriba

murmuraba: que el bastardo

es un traidor.

ZURITA.

Lo sería

de fijo.

CABRERA.

Que al rey de Francia

vendido está de por vida.

Que él fué quien abrió el torreón

aquella noche maldita.

Y que como el escudero

un mensaje de Castilla

para el rey don Pedro trajo

de importancia decisiva,

quiso impedirle..., ¿comprendes?,

que lo llevase. ¿Se explica

la cosa de esta manera?

ZURITA.

Ya lo creo: a maravilla.

Traidor, preciso. Pero esto

a lo que dije no quita.

CABRERA.

Habrán sido las dos cosas.

ZURITA.

Y si otras cien adivina

de escuderos y de pajes,

y de dueñas la malicia,

siendo en contra del bastardo,

ciertas son.

CABRERA.

Esa es la mía.

ZURITA.

Pero yo digo algo más.

A ser yo el rey, ¿qué imaginas

que hiciese?

CABRERA.

Pues no lo sé.

ZURITA.

En el tormento pondría

dos personas: y a las cuñas,

y a las cuerdas, y de prisa.

CABRERA.
¡Dos personas!

ZURITA.
El bastardo.

CABRERA.
Ese, bien.

ZURITA.
Y ¿no adivinas

la otra quién es?

CABRERA.
No, por Dios.

ZURITA.
La condesa.

CABRERA.
¡Ave María!

ZURITA.
Más culpable es que Manfredo;

porque, dime, alma sencilla:

¿no le bastaba mandar

que, con una buena viga

por ariete y diez jayanes

en el golpe, hiciesen trizas

la puerta para salvar

de ese pobre hombre la vida?

Pues ¿por qué no lo hizo?

CABRERA.

Dicen

que la puerta está bendita.

ZURITA.

Más bendito es un cristiano

que el bronce de alguna mina

que del diablo fué antesala

y camino a sus guaridas.

Te digo que la condesa

del castigo no se libra

de don Pedro, que es gran rey,

y duro cual su loriga.

CABRERA.

En eso no piensas mal.

¡Y esta mañana tenía

una cara!... Levantóse

con las luces matutinas;

bajó con el de Argelez;

mandóle abrir esta cripta;

puso dobles centinelas;

subieron, oyeron misa

él, la condesa y el conde

y el bastardo, en la capilla

principal... En fin, los cuatro

preparáronse en la guisa

de gente que va a juzgar

y busca la luz divina,

o de gente que al morir

de sus pecados se limpia.

ZURITA.

Ello es que algo se prepara.

¿En cuál de esas galerías

estará?

(Separándose de su puesto y mirando a uno de los lados con curiosidad.)

CABRERA.

¡Guay del curioso!

A tu puesto: es la consigna.

ZURITA.

Yo en su caso, por dar fin

de una vez a mi agonía,

de cabeza voy derecho

al pozo, y luego a la sima.

CABRERA.

¡Gran pecado!

ZURITA.

Pero el último.

CABRERA.

A tu puesto, que ya brillan

de la escalera en el fondo

luces que en la sombra oscilan.

ZURITA.

El rey..., que venga y que juzgue.

VOZ.

(Dentro.)

¡El rey!

CABRERA.

El Rey se aproxima.

Escena II

DON JAIME, JUANA y el REY; delante, dos pajes con hachones. CABRERA y ZURITA, siempre de centinela.

REY.

Sin alardes vengativos,

por hechos claros y ciertos,

en esta mansión de muertos

voy a juzgar a los vivos.

Ese banco por sitio,

esa tumba por testero,

y nunca rey justiciero

halló mejor tribunal.

¿Dónde presumes, mujer,

(Volviéndose a JUANA.)

que el cadáver de tu esposo

cayó buscando reposo?

JUANA.

¿Decís..., que dónde Roger...?

¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!

(Vacilando.)

JAIME.

¡Apóyate, Juana, en mí!

(Queriendo sostenerla.)

JUANA.

¡No; dejadme!

(Rechazándole.)

REY.

(Sosteniéndola.)

¡Ven aquí!

JUANA.

(Con respeto y asombro.)

¡Vos me sostenéis, señor!

REY.

Quedaron mis pompas reales

en mi cámara desierta;

del lado acá de esa puerta

ya todos somos iguales.

Como en región montaraz

la tierra desmoronada

busca en la roca quebrada

algo a que asirse tenaz,

sobre mí tu cuerpo inerte

sólo es, si lo miras bien,

«tierra» que busca sostén

en otra «tierra» más fuerte.

(Pausa. JUANA recobra su fuerza.)

Mi pregunta es bien sencilla.

Responde si has comprendido.

JUANA.

Sí, señor. Habrá caído

allá..., junto a la capilla.

En sus últimos instantes

hacia sí le habrá llamado

con destellos vacilantes.

REY.

(A los centinelas.)

Donde dice, buscad bien,

y avisadme si le halláis.

(CABRERA y ZURITA, precedidos de los Pajes, hacen un movimiento para salir.)

JUANA.

Un momento: no vayáis

sin mí, que quiero ir también.

REY.

Mas ¿vencer y resistir

podrás al verlo el dolor?

JUANA.

Cuando al perderlo, señor,

no me hizo el dolor morir,

no ha de matarme, de cierto,

en mi empresa de buscarlo,

la ventura de encontrarlo

ni aun encontrándolo muerto.

(Salen por una de las galerías de la izquierda JUANA, ZURITA y CABRERA, precedidos de los Pajes.)

Escena III

DON JAIME y el REY.

JAIME.

Pensáis a todo pensar

para mi hermano un castigo,

y pensando estoy conmigo

cómo poderlo salvar.

REY.

¿Tan grande afecto le tienes?

JAIME.

Es mi hermano, y en rigor

jamás alcanzó, señor,

ni más gloria ni más bienes

que mi fraternal ternura;

y si a esa piedra tornáis

(Señalando al sepulcro de su padre.)

la mirada, y si escucháis

algo que sé que murmura,

aunque escuchéis con desdén,

mal que os pese y mal que os cuadre,

oiréis la voz de mi padre

que me dice que hago bien.

REY.

Sobre cariños humanos

y sobre humanas pasiones,

que al llegar a estas regiones

se deshacen en las manos,

hay, Argelez, algo eterno,

algo que no es de este mundo:

«un cielo» allá en lo profundo...

JAIME.

¡Sí, ya lo sé, y «un infierno»!

(Con cierto enojo y como si completase el pensamiento del REY.)

Y bien: será ceguera,

o pecado, o maleficio;

mas si deseáis a tal juicio

someter mi voluntad;

si queréis, rey de Aragón,

que esa justicia severa

que en vos implacable impera,

impere en mi corazón,

arrancadme de raíz,

porque yo, señor, no puedo,

el cariño de Manfredo

y el amor de mi Beatriz.

REY.

(Después de contemplarle algunos momentos.)

¡Por Dios que estás apegado

a las cosas de la vida!

No importa: tu rey no olvida

que eres un noble soldado.

Quedamos, pues, en que haré

cuanto pueda por el mozo,

que yo ni medro ni gozo

con dar tortura a tu fe.

JAIME.

¡Ah mi señor!...

REY.

En conciencia

no me debes gratitud,

que mi virtud no es virtud.

¡Ay de aquel que en la existencia,

renunciando a mejor palma,

y por capricho bizarro

en un ídolo de barro

pone por entero el alma!

Que si contra el mármol frío

(Señalando el sepulcro.)

choca y se deshace al fin,

al trocarse en polvo ruín

queda el alma en el vacío.

Pero escucha...

JUANA.
(Desde fuera.)

¡Mi Roger!

JAIME.
¡Es Juana!

REY.
¡Su llanto, sí!

JUANA.
(Como antes, pero más cerca.)

¡Rey de Aragón, por aquí!

JAIME.
¡Ya viene!

REY.
¡Pobre mujer!

Escena IV

DON JAIME y el REY; JUANA, por una de las galerías de la izquierda.

JUANA.

(Vacilante, pálida, terrible; como la actriz crea que deba presentarse después de haber abrazado el cadáver de su esposo y al venir a reclamar venganza del REY.)

Me prometisteis justicia,

¿no es verdad? Pues ha llegado

el momento. Está encontrado.

(Señalando hacia dentro.)

¿No decís que nada vicia

ni destruye en Aragón

la rectitud de la ley?

Pues a demostrarlo, rey,

que allá espera la ocasión.

Sobre las losas mi esposo,

muy cerca de la capilla,

y la lámpara que brilla

de ordinario en el piadoso

recinto de la sagrada

Virgen que en él se venera,

en el suelo, por de fuera,

a su lado y apagada.

Un pergamino o papel

estruja su mano fría:

el mensaje que traía

debe estar, señor, en él;

en la otra mano, un punzón

o de madera una astilla...,

lo que sea..., rojo brilla

al resplandor del hachón.

Lo mojó en sangre sin duda,

que encerráronlo ya herido:

el pecho tiene partido

y su espada está desnuda.

Venid conmigo de priesa,

venid y vos lo veréis,

venid si es que mantenéis

vuestra justicia y promesa.

Y pronto, que están, señor,

este suelo profanado,

aquel cadáver helado

y aún impone el matador.

REY.
Ya te sigo.

(El REY y JUANA se dirigen a la galería por donde ésta vino. DON JAIME los acompaña.)

JUANA.
(Deteniéndose.)

¿El de Argelez

viene con nosotros?

JAIME.
Sí.

JUANA.
Pienso que bastan allí

las dos víctimas y el juez.

(Con reconcentrado encono.)

Su presencia no apetezco.

JAIME.
(Señalando al REY.)

¿Torcer pretendes su fallo?

REY.
(Con severidad.)

¡Basta, conde!

JAIME.
Basta y callo.

REY.
Espéranos.

JAIME.
Obedezco.

(Salen el REY y JUANA.)

Escena V

DON JAIME, solo.

JAIME.
¿Qué tiene esa losa fría,

techumbre de un mundo helado,

que ilumina lo pasado

con la luz de un nuevo día?

¿Por qué en su región sombría,

por qué en su cóncavo inerte

todo se ve de otra suerte,

todo se ve de otro modo?

¿Por qué se transforma todo

en el seno de la muerte?

Sepulcro de mis mayores,

¿qué me tienen reservado

en este cóncavo helado

de la muerte los rigores?

¿Qué suplicios? ¿Qué dolores?

¿Qué engendros de su furor?

¿Ni cómo hasta mí, Señor,

sus asaltos llegarán,

si entrar no puede Satán

en el cielo de mi amor?

Escena VI

DON JAIME, BEATRIZ y MANFREDO; los dos últimos, por el fondo, ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina.

JAIME.

Cuando la negra barrera

que separa vida y muerte

traspase, cayendo inerte

hacia dentro desde fuera,

¿bajo qué forma primera

la verdad vendrá hacia mí?

Sepulcro, ¿qué veré en ti

que no lo sé y tengo miedo?

BEATRIZ.
¡Mi Jaime!

JAIME.
(Volviéndose.)

¡Beatriz! ¡Manfredo!

¡Vosotros!...

BEATRIZ.
Nosotros, sí.

(Pausa. BEATRIZ, con angustia profunda, como si aún viese lo que pinta y como buscando instintivamente amparo en DON JAIME.)

Las horas pasaban rápidas

y mi impaciencia era grande.

Algo sucede, decía,

cuando no regresa Jaime.

Por la ventana miré,

y en el patio hay un enjambre

de escuderos y soldados

y de fieros almogávares.

Todos hablan de Roger,

y a veces miran audaces

a mi ventana. De fijo

murmuran cosas infames.

Me dió espanto y fuime adentro,

cerrando bien los cristales,

cuyos colores tomaban

tinte cárdeno al mirarme.

El solitario salón

más solitario mostrábase

que nunca, y aunque llamé,

fué en vano: no acudió nadie.

Sólo por la galería,

de cuando en cuando, algún paje,

como si huyese, cruzaba

muy de prisa y sin mirarme,

o algún soldado del rey,

su oscuro y feroz semblante

mostraba un punto a la puerta

entre curioso y cobarde,

o algún pájaro nocturno

que el alba sorprendió errante,

chocaba ya atolondrado

del balcón en los cristales,

pintando un monstruo con alas

su sombra en los arquivadas.

Tuve miedo.

(Abrazándose a DON JAIME.)

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BEATRIZ.

Perdí el juicio, y a llamarte

me puse a gritos.

MANFREDO.

Entonces

yo acudí, y a todo trance

quiso bajar al panteón;

con lo cual, para librarla

de impaciencia sin motivo

y de temores sin base,

a ser su guía présteme,

y aunque a mi pesar, la traje.

BEATRIZ.

(Aparte.)

Parece que es su destino

a estas regiones guiarme.

¡Bienvenida!, si hallan fin

en sus sombras mis pesares.

(En voz alta.)

¡Qué negro todo!

JAIME.

Fué negro

antes de que tú bajas:

pero al verte, sus tinieblas

se convierten en celajes.

¡Vuelva el carmín a tu rostro

con tinta cálida y suave,

y al menos por una vez

aquestos helados mármoles

comprendan lo que es la vida

al ver tu hermoso semblante,

y por sus cuerpos de piedra

circule calor de sangre!

MANFREDO.

(A BEATRIZ, que está en los brazos de DON JAIME.)

Tú eres la vida, bien dice,

y por ser tuya, es de Jaime;

conque mal estáis los dos

entre losas sepulcrales.

Idos arriba: a la luz.

A mí entre sombras dejadme,

que yo soy de estas regiones,

y aquí estoy con mis iguales,

como ese rey de Aragón

dijo anoche al afrentarme.

JAIME.
¡Manfredo!

MANFREDO.
(Asomándose a una de las galerías transversales de la izquierda.)

Mira, allí viene,

y a su lado a Juana trae,

y los preceden a entrambos

con hachas dos almogávares.

La justicia y la venganza

juntas por la misma calle

de sepulcros: buen camino

tomaron para buscarme.

Que vengan, que yo seré

maldito, mas no cobarde;

que vengan, que, aunque bastarda,

es de Argelez esta sangre,

y quizá desde su lecho

de muerte me ve mi padre.

Escena VII

BEATRIZ, DON JAIME, MANFREDO, el REY, JUANA, CABRERA, ZURITA y un PAJE. CABRERA y ZURITA vienen delante; los dos PAJES, con hachas; después, el REY; después, JUANA; todos por la izquierda. El REY trae un pergamino en la mano.

REY.

(A MANFREDO.)

Por tu impulso viniste: no me pesa.

Mi enojo no te espanta: que me place.

El hombre que no afronta su destino

de cara y sin temblar es un cobarde.

Puedes estar tranquilo por tu víctima:

del suelo del panteón sepulcro y cárcel

hicieron esos dos, dando piadosos

(Señalando a los almogávares.)

cristiano fin a lo que tú empezaste.

Al lado de su fosa, ya colmada,

otra mandé cavar profunda y grande,

por si hay quien quiera, al acabar sus días,

junto al fiel escudero reclinarse.

Él cumplió como bueno, que afanoso

guardó en su helada mano este mensaje;

(A JUANA.)

buen marido te dió tu buena estrella;

mala muerte le dió mano implacable.

JAIME.

Señor...

REY.

Espera. A tu castillo sube,

ordena que mi gente se prepare,

y la tuya dispón, que antes que el día

del cielo hasta la cumbre se levante,

voy a partir, y partirás conmigo,

a librar de un segundo Roncesvalles

al rey de Francia, que humillado vuelve

en procesión luctuosa a sus hogares.

Demandóme perdón; yo generoso

le permití volver sin inquietarle.

Pero vamos a ver desde las cumbres

quien entra en esta tierra cómo sale.

JAIME.
Obedezco.

REY.
Salid.

(A los Almogávares y a los Pajes. Se dirigen al fondo JAIME, los Almogávares y los Pajes; éstos, delante.)

Tú, Juana, vete.

JUANA.
(En voz baja.)

¿Y el castigo, señor?

REY.
(Lo mismo.)

Aquí con sangre

tu Roger lo escribió.

JUANA.
¿Y ha de cumplirse?

REY.
Cuando venció mi brazo en el combate,

yo siempre perdoné; decirlo puede

ese soberbio rey que a Francia vase.

Mas nunca en mí clemencia hallar pudieron

de la traición las alevosas artes;

que lo diga también, y era mi hermano,

desde el fondo del Cinca, Fernán-Sánchez.

JUANA.
(A BEATRIZ.)

Tranquila os dejo.

REY.
En mi palabra fría.

Yo, a castigar su muerte; tú, a llorarle.

(Sale JUANA mirando a MANFREDO y a BEATRIZ, que, instintivamente, están juntos.)

Vosotros, no. Que de este pergamino

(Previniendo un movimiento de ambos.)

hemos de hablar los tres, ¡voto a San Jaime!

Escena VIII

BEATRIZ, el REY y MANFREDO.

REY.

Con sólo miraros creo

lo que me dice el escrito,

que la prueba del delito

la lleva en el rostro el reo.

MANFREDO.

Inútil prueba, a mi ver,

porque jamás he negado

que esté mi hierro manchado

con la sangre de Roger.

REY.

Escucha y el labio sella,

que con la verdad arguyo:

tu crimen no es sólo tuyo;

(Señalando a BEATRIZ.)

un cómplice tienes: ella.

MANFREDO.

¿Quién?... ¿Beatriz?...

BEATRIZ.

(Aparte.)

La expiación.

MANFREDO.

(Con violencia y señalando el pergamino.)

¡Miente el impostor inmundo!

REY.

¡Jamás miente un moribundo!,

ni miente el rey de Aragón.

Con su mano casi inerte,

y con caracteres rojos,

la causa de tus enojos

y la historia de su muerte,

en aqueste pergamino

dejó escrito el infeliz.

MANFREDO.
(Con ansiedad.)

¿Y en él habla...?

REY.
De Beatriz,

y, además de su asesino.

(Acercándose al hachón que está en el sepulcro, y leyendo.)

«Yo juro, y juro al morir,

ante esa santa capilla,

decir la verdad sencilla

en lo que voy a decir.

Anteayer de madrugada

bajé al salón, según creo,

a recoger del trofeo

para mi viaje una espada.

La estancia estaba desierta,

la mañana estaba oscura,

rechinó una cerradura

y a poco abrióse una puerta.

Alzó un doncel el tapiz,

pasó una dama el dintel;

era Manfredo el doncel

y era la dama Beatriz.

Se miran con embeleso

y se despiden los dos,

ahogando un último adiós

en un suspiro y un beso.

Grito: «¡Infames!», sin querer;

viene a mí, después luchamos,

luchando al panteón llegamos,

y llego para caer.

Él la puerta de metal

empuja sobre su gonce,

y da sepulcro de bronce

a su secreto fatal.

De este modo conseguir

mi silencio imaginaba:

si acertaba o no acertaba,

que lo diga el porvenir.

Yo la infamia de los dos,

y su pena o su destino,

dejo en este pergamino

a la voluntad de Dios.

Sea, pues, lo que ha de ser:

yo muero como leal.»

(Sin leer.)

Y acaba y dice al final:

(Leyendo.)

«El escudero Roger.»

(Pausa. MANFREDO y BEATRIZ quedan confundidos y anonadados. El REY los contempla frío y sereno.)

¿Es exacto lo que aquí

ese vasallo escribió?

Responde, Manfredo.

MANFREDO.
(Con enérgica desesperación.)

No.

REY.
Responde, condesa.

BEATRIZ.
(Resueltamente.)

Sí.

REY.
Confesión de buena ley.

MANFREDO.
Que sólo el delirio arranca.

REY.

No tan firme, no tan franca.

BEATRIZ.

Como la debo a mi rey.

REY.

(A BEATRIZ.)

Que mucho arriesgas advierte.

BEATRIZ.

A todo estoy prevenida.

REY.

¿Tanto te pesa la vida?

BEATRIZ.

Tanto, que busco la muerte.

REY.

Quien deshonra su blasón

y deshonra al de Argelez;

quien echó sobre su tez

para siempre tal borrón,

si ha buscado por castigo

la muerte en esta jornada,

que la dé por encontrada

al encontrarse conmigo.

MANFREDO.

Si alardes de justiciero

queréis hacer, no me opongo,

y el cuello tranquilo pongo

bajo el corte de ese acero.

Pero es irritante yugo,

más que justicia severa,

confundir de esa manera

la víctima y el verdugo.

Yo terco la perseguí,

yo en mi fuego la inflamé,

ocasiones preparé

y por la fuerza vencí.

Yo, don Pedro de Aragón;

yo, que triunfé de este modo,

lo merezco todo, todo;

ella, sólo compasión.

BEATRIZ.

Cuando no perdí la vida

es que falté a mi deber;

cuando me dejé vencer

es que debí ser vencida.

Ya veis que todo me acusa,

que yo misma me he juzgado,

que no busco en mi pecado

causa, pretexto ni excusa.

Pero ya que de este modo

mi vida yo misma os doy,

por quien sois y por quien soy,

¡que Jaime lo ignore todo!

MANFREDO.

Él debe ignorarlo, sí.

REY.

(Aparte, y pensativo.)

Quizá lo mejor sería.

MANFREDO.

Y yo sólo sufriría

lo que sólo merecí.

BEATRIZ.

Si de ambos la culpa ha sido,

de ambos el castigo sea.

REY.

Ya ves cómo lo desea.

MANFREDO.

(Al REY, procurando convencerle.)

¡Si ha mentido! ¡Si ha mentido!

BEATRIZ.

¿Tú solo? No. Yo también.

(Al REY, como suplicando.)

¿No es verdad?

MANFREDO.

¡Calla, infeliz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, Beatriz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, mi bien!

(En un arranque de pasión, olvidándose del REY, acercándose a ella y cogiéndole las manos.)

REY.

¿Tanto os amáis, ¡vive Dios!,

que ni la misma agonía

os ataja en tal porfía?

¡Pues bien, moriréis los dos!

(Con terrible enojo.)

Nada sabrá el de Argelez,

limpia su honra quedará,

que venganza le dará

su monarca como juez.

Y libre veráse al fin,

por justicia soberana,

de una esposa cortesana

y de un hermano Caín.

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Gracias, ¡oh rey!

cuanto deseaba me dais.

MANFREDO.

¡La justicia atropelláis!

REY.

A igual delito, igual ley.

Escena IX

BEATRIZ, MANFREDO, el REY y DON JAIME, cuatro PAJES con hachones, varios CABALLEROS y ESCUDEROS. Todos por la puerta del fondo.

REY.

Mas un rumor lejano se percibe

cual si bajase gente la escalera,

haciéndola crujir el peso grave

y el choque rudo del arnés de guerra.

Ahí vienen, sí, con Argelez al frente,

(Acercándose al fondo.)

y entre rojas antorchas que flamean.

JAIME.

Justicia, ¡oh, rey!, a demandaros vengo,

aunque ya di comienzo por mi cuenta

a la que vos sin duda haréis más tarde

en esa maldecida soldadesca,

y algunos que braveaban hace poco

en el patio las losas ensangrientan.

REY.

A punto vienes si justicia pides,

que estábamos los tres en tal faena.

¿Quiénes faltaron, conde?

JAIME.

Los soldados

a que con vos, señor, la fortaleza

hospedaje leal brindó orgullosa.

REY.

¿Y cuál la causa fué?

JAIME.

La airada lengua

de Juana, y de mis gentes las patrañas,

y la ruin condición de la plebeya.

REY.

En suma: ¿a qué llegaron?

JAIME.

¡A pedirme!...

¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda,

ni la maldad llevando hasta el delirio,

ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,

ni aun así, sospechar lo que esos hombres

pidieron...; no, que aullaron como fieras!

REY.

¿Pidieron?... Di.

JAIME.

¡La vida!...

REY.

¿De tu hermano?

JAIME.

(Hace una señal afirmativa, se detiene y al fin dice, acercándose al REY.)

¡Y la vida, señor, de la condesa!

¡De Beatriz!..., ¡de mi esposa!... ¡Si yo al pronto

ni pude comprender tanta demencia!

REY.

¿Y comprendiste al fin?

JAIME.

Ellos lo digan,

pues ellos recibieron la respuesta.

«¿Vidas queréis -les dije-, miserables?

Pues a cargo de aquéllas, tomad ésta»;

y arremetiendo a la canalla imbécil,

de tal modo sacié mi rabia en ella....

que ya lo veis, señor, casi tranquilo

pude volver del rey a la presencia.

REY.

Que a la ley de hospedaje mis soldados

turbulentos faltaron, bien me pesa,

que aun pidiendo en justicia, quien mal pide

de su propia razón hace su afrenta.

JAIME.

¡Aun pidiendo en justicia!

(Pausa. Mira al REY con asombro; mira alternativamente a BEATRIZ y a MANFREDO, que deben estar a su espalda y derecha del actor, y queda, durante algunos momentos, como extático.)

No comprendo

lo que queréis decir.

REY.

Que una sentencia,

por crimen de traición a su monarca,

dictaba yo aquí dentro, mientras fuera

por reclamar castigo semejante

acuchillabas a la guardia regia.

JAIME.

¿Una sentencia?

REY.

Sí: contra el bastardo...

y otro cómplice más.

JAIME.

¿Quién?

REY.

La condesa.

JAIME.

¡Contra Beatriz! ¡No es cierto! ¡No es posible!

¡Contra Beatriz, y vos! ¡Vana quimera!

¡Yo solo soy su dueño! Esa corona,

todo vuestro poder, vuestra grandeza,

las glorias de Sicilia, las del mundo,

ante Beatriz, ¿qué son? ¡Humo y pavesas!

REY.

Que yo nunca he pecado de sufrido,

y que hablas con tu rey ten muy en cuenta,

y freno de respeto date prisa

a poner a tus manos y a tu lengua,

si no quieres que ponga otro de hierro

que hace bajar al suelo las cabezas.

Roger por mi mensaje era sagrado

hasta llegar con él a mi presencia.

Sin embargo, Manfredo muerte dióle,

y Beatriz toleró tan grave ofensa.

Condesa de Argelez, perpetuo encierro

te enseñará con sombras y tristezas

que a la lealtad debida no se falta

(Con doble intención.)

mientras don Pedro de Argelez gobierna.

Bastardo de Argelez, saldremos todos

de esta mansión en que la muerte impera:

nosotros, a buscar la luz del día;

a entregar tú al verdugo la cabeza.

(A los caballeros, señalando a BEATRIZ.)

Llevala a Barcelona.

(A MANFREDO.)

Tú, a la muerte.

(A DON JAIME.)

Y tú conmigo, a lo alto de la sierra.

JAIME.

(Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, y refiriéndose primero a BEATRIZ, luego, a MANFREDO.)

Ni a Barcelona irá mientras yo exista

y un hierro sostener mi mano pueda,

ni he de salir sin él, si el firmamento

encima de la torre se viniera,

ni el conde de Argelez ha de seguiros,

monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra,

(Golpeándose el pecho.)

varón aragonés, el fuero escudo

de libertad en la ocasión extrema.

Diránlo así de desafiamiento

cartas que provocó vuestra fiereza.

(Señalando a BEATRIZ y a MANFREDO.)

Y con ella y con él y con mi gente

pasaré de Castilla las fronteras.

Desnaturalizarme es mi derecho,

la ley me ampara de mi noble tierra.

Y a donde más sus glorias se respeten

mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY.

Desnaturalizarte es tu derecho,

y nadie lo disputa ni lo niega;

por más que en esta vez el fuero ampare

torpes ingratitudes y soberbias.

Pero Beatriz, pero Manfredo, conde,

bajo mi ley están y aquí se quedan.

Traidores a su rey fueron entrambos,

y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.

¡Hola! De esa mujer y de ese hombre,

sin más vacilación, de grado o fuerza,

afiáncense los cuerpos, y tú, ingrato,

vete, que yo te libero de obediencia.

(Los caballeros a quienes el REY se ha dirigido pretenden apoderarse de BEATRIZ y de MANFREDO; DON JAIME desnuda la espada; describe con ella un terrible semicírculo, aleja a todos y pónese delante de su esposa y de su hermano.)

JAIME.

Quien se acerque a los dos bueno es que mire

que a mi espada y a mí también se acerca.

REY.

¡Preciso es acabar!

JAIME.

Todo se acaba:

el honor, la lealtad...

BEATRIZ.

(A MANFREDO, señalándole el lado en que está el REY y como proponiéndole que pasen.)

¡Allí!...

MANFREDO.

Pues sea.

Gracias, hermano.

(Por la espalda de DON JAIME pasa al grupo de caballeros y se entrega.)

BEATRIZ.

Gracias, Jaime.

(Lo mismo que MANFREDO.)

¿Adónde,

insensatos, corréis?

BEATRIZ.

(Ya desde la izquierda.)

A donde llevan

a tu hermano, el deber, porque es tu sangre;

a mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.

(AL REY.)

Tuyos somos, señor; que Jaime salga.

JAIME.

¿Sin vosotros? ¡Jamás! ¡Pensad que llegan

olas de sangre al corazón hirviente;

olas de fuego a la abrasada lengua;

olas de sombra a mi cerebro loco;

olas de muerte a mi indomable diestra!

Y en esta tempestad de mis pasiones,

sobre el mar de mis aras turbulentas,

sólo flotan dos seres, dos tan sólo:

Manfredo..., ¡por hermano! Ella..., ¡por ella!

REY.

(Sin poderse contener.)

Mal te está en defender con tanto empeño...

¡tu deshonra!

(Movimiento de DON JAIME, BEATRIZ y MANFREDO.)

JAIME.

¡No más!

REY.

¡Y tu vileza!

JAIME.

¿Por vileza tenéis que de un hermano

la vida con mi vida así defienda?

Bien se advierte, señor, que el fratricidio

¡es el primer florón de tu diadema!

REY.

(Arrojándose sobre él.)

¡Miserable!

JAIME.

¡Yo, no; quien en el Cinca

hundió de Fernán-Sánchez la cabeza!

(El REY se detiene; queda un momento como acobardado ante aquel recuerdo; después, con acento sombrío y reconcentrado.)

REY.

¡Mejor es eso que vivir sin honra!

JAIME.

¿Y quién vive sin ella?

REY.

¡Tú!

(DON JAIME, que está todavía con la espada desnuda, se arroja sobre el REY; los caballeros que rodean a éste se arrojan sobre ARGELEZ; DON PEDRO los separa con ademán soberbio y se acerca a él. DON JAIME se detiene.)

JAIME.

¡La prueba!

REY.

Por traidor a tu rey, más que la muerte

de merecer acabas. Toma, y lean

esos ojos, si pueden, estas líneas

y cieguen, lloren, salten de vergüenza.

(Le entrega el pergamino. Pausa. DON JAIME lo toma sin comprender nada y mirando a todos con asombro; después se aproxima al hachón que está clavado, desde que principió el acto, en el sepulcro de su padre. BEATRIZ y MANFREDO se hunden, por decirlo así, en la sombra, a espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El REY, a la derecha de DON JAIME.)

JAIME.

(A medida que lee.)

¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

(Suspende la lectura, se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto, lanza un grito, como recordando la extraña escena de la noche precedente, cuando se presentó de improviso a su esposa y a su hermano.)

¡A mi llegada!... ¡Pronto!...

¡Beatriz! (Buscando por todas partes.)

REY.

Se oculta entre la sombra espesa:

no acudirá a tu voz. (Al oído.)

JAIME.

(Vacila; mira al REY, mira a todas partes; al fin se acerca a la tumba de su padre.)

¡Yo también quiero

silencio!... ¡y soledad!..., ¡muerte! y ¡tinieblas!

¡Acógeme en tu seno, padre mío!

¡Dame un beso de amor, uno siquiera!

¡Escultura que duermes, junta, junta

a mi afrentada faz tu faz de piedra!

(Cae sobre el sepulcro de su padre, abrazándose a la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y a su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe; la inspiración del artista puede adivinarlo tan sólo.)

Gracias, padre: me dió tu helado mármol

cuanto a poder pedir yo le pidiera:

el frío de la muerte. A tus mejillas

de las mías pasó toda la afrenta.

Mas yo te vengaré: me diste calma;

yo te daré satisfacción completa.

REY.

(Acercándose y en voz baja.)

Te perdono, Argelez.

JAIME.

(Lo mismo.)

Ya no es posible

ni perdonarme a mí, ni a él ni a ella.

(En voz alta.)

En vez de ese perdón, yo necesito

una gracia no más.

REY.

Pide y no temas.

JAIME.

Dejadme castigar a los infames.

Consentid que una vez el juez yo sea...

REY.

Mi autoridad te doy: lo que dispongas

se cumplirá.

JAIME.

Juradlo.

REY.

Por la eterna

memoria y por el alma de mi padre.

Que Dios, si falto, me lo tome en cuenta.

JAIME.

Gracias, señor.

(Pausa. Inclinandose ante el REY, como suplicando.)

Salid de este recinto.

(A los demás.)

Al monarca seguid. La doble puerta

a su cerco de bronce haced que ajuste.

REY.

¿Y tú?

JAIME.

Me quedo aquí.

REY.

¿Solo?

JAIME.

(Con acento que el actor sabrá cuál ha de ser.)

¡Con ella!

Y también con Manfredo. Ha de cumplirse,

y con creces, señor, vuestra sentencia.

REY.

¡La tuya! ¿Por qué causa?

JAIME.

Yo a la vida

del monarca atenté. Mi torpe lengua

a su corona osó.

(En voz baja.)

Yo fui quien, loco,

por aquella mujer la fortaleza

entregó al enemigo.

(El REY le mira con sorpresa.)

¿No os parece

que a mi crimen se ajusta bien mi pena?

Jurasteis por don Jaime, vuestro padre.

REY.

¿Tú lo quieres?

JAIME.

Lo exijo.

REY.

Pues bien, sea.

Salid.

(Al acompañamiento, que comienza a salir muy lentamente.)

JAIME.

Señor, la mano.

REY.

Toma, conde.

(Se arrodilla y besa la mano del REY.)

Aún es tiempo.

JAIME.

Ya no. Vedlos: esperan.

(Señalando a BEATRIZ y a MANFREDO, que están en un ángulo.)

REY.

¡Que Dios, cuando te juzgue por tus faltas,

tu amor y tu maldad reciba en cuenta!

(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se ve como expresan los siguientes versos. DON JAIME va en último término. Siempre procurando ocultarse, BEATRIZ y MANFREDO; la actitud de ambos queda encomendada a los actores.)

JAIME.

Ya la luz, ya la vida, ya las pompas

del mundo, y sus honores y grandezas;

ya del arnés el fulgurante brillo,

ya el soberbio ondular de las bandejas,

ya todo huye de mí; ya lodo sube

de mi viejo castillo a las almenas.

¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas,

seres que allá volvéis a la existencia,

imágenes de luz y de colores,

tornad al sol; yo quedo en las tinieblas!

(Cerrando él mismo la puerta del fondo; se oye el rechinar de los goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el panteón iluminado tan sólo por la antorcha del sepulcro; en un rincón, BEATRIZ y MANFREDO; en el centro, DON JAIME.)

¡Cruje, puerta de bronce negra valla

que entre dos mundos el camino cierras!

No volverás a abrirte, que tu llave

a un abismo sin fin conmigo rueda.

(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)

¡Ya estamos en el seno de la muerte,

(A BEATRIZ y a MANFREDO, pero sin acercarse a ellos y con acento terrible.)

caiga deshecha en polvo la materia;

almas, mostrad lo que en la vida fuisteis:

si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

Escena X

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO.

JAIME.

Para hacerme traición habéis tenido

no más que rapidísimos momentos;

para vengarme yo y atormentaros

tengo ante mí la eternidad del tiempo.

Acércate, Beatriz; ven a mis brazos,

(Le obedece BEATRIZ maquinalmente, pero con lentitud.)

esposa de mi amor, luz de mi cielo,

la de la tersa frente alabastrina,

la del nevado y pudoroso seno.

Ven a mí: más aún.

(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)

Quiere tu Jaime.

de esa antorcha contar a los reflejos,

sobre tu suave cutis nacarado,

de tu amante feliz todos los besos.

(Le arroja la cabeza hacia atrás y le acerca la luz; ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de DON JAIME.)

¡No te separes, no: si no es posible!

¡Si siempre ya los tres hemos de vernos

unidos por los mismos eslabones

de infamia y de dolor en el infierno!

Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora?

¡Habla pronto! ¿Por qué? ¿Por qué?

BEATRIZ.

No puedo:

un nudo en la garganta...

JAIME.

¡En la garganta,

en ella con mis manos debí hacerlo

la vez primera en que de amor ya loco

ceñí mis brazos a tu blanco cuello!

¡Beatriz! ¿No me contestas? ¿Que no puedes?

Pues descansa, respira, toma aliento;

si no quiero que mueras todavía;

si quiero oír tu voz, si escuchar quiero

cómo mientes, y finges, y me acusas;

descansa... Ya hablarás...

(La arroja a un lado, haciéndola pasar por delante con extrema violencia, y llama con la mano a MANFREDO.)

Ven tú, Manfredo.

(MANFREDO, que ya estaba muy cerca, se aproxima.)

Y en tanto que la sierpe sus anillos

prepara y que destila su veneno,

cuéntame tú de la traición infame

los lances mil, dulcísimos y tiernos.

¡Todo! ¡Todo! ¿Comprendes? Allá arriba

mi deshonra saber y hundir mi hierro

en aquel corazón y en tu garganta

hubieran sido rápidos momentos;

pero aquí, ¿para qué? Si estamos solos;

si escapar no podéis; si ya hemos muerto.

¡Si éste es el solo goce que me resta

al bajar con vosotros al averno!

¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces

como débil mujer o niño enfermo?

¡Como niño! ¡No hay más! Es que recuerdas

de nuestra infancia los alegres juegos.

(Señalando el sepulcro.)

El que ahora duerme allí, en sus rodillas

a los dos nos tomaba, y algún cuento

refería de moros o gigantes

del ancho hogar junto al rojizo fuego.

Con sus robustas manos acercaba

tu cabeza a la mía... ¡Así, Manfredo!

(Hace lo que dice con feroz complacencia, juntando mucho su cabeza a la de su hermano.
BEATRIZ los contempla con terror.)

Y en una sola, espléndida madeja,

tu cabello abarcaba y mi cabello.

Ahora escuchar le toca en ese mármol,

quizá le ha despertado nuestro acento,

y para oír mejor, hacia la piedra

arrastrándose van sus pobres huesos.

¡Háblale de tu infamia y mi deshonra!

¡Devuélvele a tu vez cuento por cuento!

Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:

¡que no acabe jamás! Ya ves, el tiempo

es como tu traición y mi desdicha:

¡inagotable, inconcebible, eterno!

MANFREDO.

Di pronto qué prefieres: ¿darme muerte

o que me mate yo? Si lo primero,

toma y clava.

(Presentándole el puñal.)

Si acaso es lo segundo,

dilo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.

JAIME.

Junto a la de Roger, dijo el monarca

que abierta está una fosa.

MANFREDO.

Basta; entiendo.

JAIME.

Yo daré luz a tu camino, hermano.

(Arranca DON JAIME la antorcha del sepulcro, viene al centro del escenario y la levanta en alto; MANFREDO, apretando el puñal contra su pecho, con la cabeza baja, pero mirando hacia atrás como para ver a su hermano, se dirige a una de las galerías laterales.)

¡Adiós, Caín! No tuerzas tu sendero.

MANFREDO.

¡Adiós! Si soy Caín por mi delito,

no lo soy por odiarte.

(Con cierta ternura, y ya desde dentro.)

JAIME.

¡Adiós, Manfredo!

(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)

¡Cuanto en el mundo amé!

(Después de mirar a BEATRIZ, que permanece inmóvil en el centro, y también hacia el sitio en que se supone que cayó MANFREDO.)

¡Luz, ya me sobras!

(Arroja la antorcha hacia la izquierda, se apaga y queda la escena completamente a oscuras; da algunos pasos, se oprime la cabeza con las manos; arranque de desesperación que el actor interpretará.)

¡Y tú también me sobras, pensamiento!

(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va a caer junto al sepulcro. BEATRIZ se acerca.)

Escena XI

DON JAIME y BEATRIZ.

BEATRIZ.
(Buscándole.)

¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad!

(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME.
¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!

Antes se encuentra la muerte

que no la felicidad.

(Rechazándola.)

¡Adiós! Vete.

BEATRIZ.

¡No ha de ser!

¡Antes, Jaime, de morir,

(Desesperada.)

quiero hablarte!... ¿Vas a oír?

Dime, ¿y me vas a creer?

JAIME.

¿Creerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?

La mentira inútil fuera;

con aguardar a que muera

te bastaba. Pero no:

(BEATRIZ se prepara a decir algo. DON JAIME la interrumpe.)

responde y no digas nada,

que no hay tiempo para todo,

y llega el fin de tal modo

que mi vida está acabada.

BEATRIZ.
¿Si supieras?...

JAIME.
¡Basta; aquí...

(Llevándose la mano a la garganta.)

siento de sangre una ola!

Contesta una cosa sola...

¿Has de contestarme?

BEATRIZ.
Sí.

JAIME.
Manfredo murió también,

y tú pronto morirás:

al morir..., ¿dónde caerás?

BEATRIZ.
A tu lado.

JAIME.

¿Sí? Pues ven...,

acércate... ¿No es mentira?

Responde.

(Incorporándose.)

BEATRIZ.

¡No!

JAIME.

Y, entre tanto,

¿dónde correrá tu llanto?

BEATRIZ.

¡Sobre tu cuerpo!

JAIME.

Pues mira...

Abraza mi cuerpo inerte...,

y no ceses de... llorar...,

que así... vinimos a dar...

en el seno... de la muerte.

(Cae muerto sobre el banco de piedra, y BEATRIZ se abraza a él sollozando. Hasta que el telón baje por completo deben oírse sus horribles y desesperados sollozos. Telón.)

FIN DE «EN EL SENO DE LA MUERTE»

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

